

Volóshinov, Valentín **El Marxismo y la filosofía del lenguaje** - 1ª ed. -
Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2009.
256 p. : il. ; 20x13 cm.
ISBN 978-987-1489-11-4
Fecha de catalogación: 23/03/2009

El Marxismo y la filosofía del lenguaje
Valentín Nikoláievich Volóshinov

Prólogo y traducción
Tatiana Bubnova

Ilustración de Valentín Nikoláievich Volóshinov
Autoría de Ariel Gullumi
a él nuestro profundo agradecimiento

Corrección
Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores
Victor Malumián

Ediciones Godot
Colección Exhumaciones
www.edicionesgodot.com.ar
edicionesgodot@gmail.com
Buenos Aires, Argentina, 2009

*Manana
Achegar*

EL MARXISMO Y LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

*(LOS PRINCIPALES PROBLEMAS DEL MÉTODO
SOCIOLÓGICO EN LA CIENCIA DEL LENGUAJE)*

VALENTÍN NIKOLÁIEVICH VOLÓSHINOV

PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN DE TATIANA BUBNOVA

Ediciones Godot | Colección Exhumaciones

entre las dos corrientes, entre las tesis del subjetivismo individualista y las antítesis del objetivismo abstracto? Consideramos que en este caso, como en cualquier otro, la verdad no se sitúa en el justo término medio, ni representa un compromiso entre la tesis y la antítesis, sino que se encuentra más allá de los dos, al negar por igual tanto la tesis como la antítesis, esto es, siendo una síntesis dialéctica. Las tesis de la primera corriente, según lo veremos en el capítulo siguiente, tampoco resisten una revisión crítica. Puntualicemos además lo siguiente. El objetivismo abstracto, al considerar el sistema de la lengua como lo único importante para el análisis de los fenómenos lingüísticos, rechaza el acto discursivo: — la enunciación — como acto individual. Como ya lo hemos dicho, en ello consiste el *proton pseudos* del objetivismo abstracto. El subjetivismo individualista considera precisamente el acto discursivo, o la enunciación, como lo único que importa. Pero también esta corriente define este acto como individual y por tanto trata de explicarlo desde las condiciones de la vida individual y psíquica de la persona. Éste es su propio *proton pseudos*.

En la realidad, un acto discursivo o, más exactamente, su producto el enunciado, no puede ser reconocido como fenómeno individual en el sentido exacto de la palabra ni puede ser explicado a partir de las condiciones psicológico-individuales o psico-fisiológicas del sujeto hablante. El enunciado tiene carácter sociológico.

Sustentaremos esta tesis en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO III

INTERACCIÓN DISCURSIVA

Teoría de la expresión en el subjetivismo individualista - Crítica de la teoría de la expresión - Estructura sociológica de la vivencia y la expresión - Problema de la ideología cotidiana - Enunciado como base de la generación discursiva - Direcciones para resolver el problema de la realidad dada del lenguaje - Enunciado como totalidad y sus formas.

La segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico, según hemos visto, se relaciona con el racionalismo y el neoclasicismo. La primera corriente, el subjetivismo idealista, se relaciona con el romanticismo. El romanticismo en una gran medida fue una reacción a la palabra ajena y a las categorías del pensamiento por ella condicionadas. El romanticismo fue la reacción más inmediata a la última reincidencia del poder cultural de la palabra extranjera: a la época del Renacimiento y la neoclásica. Los románticos fueron los primeros filólogos de la lengua vernácula, los primeros que intentaron reestructurar radicalmente el pensamiento lingüístico en base a la vivencia de la lengua materna en cuanto mediación para el proceso generativo de la conciencia y el pensamiento. Es verdad que los románticos siguieron siendo filólogos en la acepción exacta de esta palabra. Por supuesto estaba más allá de sus fuerzas reconstruir el pensamiento acerca del lenguaje formado y asentado durante centurias. Sin embargo, lograron aportar a este pensamiento nuevas categorías y pusieron los cimientos de las particularidades específicas de la primera corriente. Es característico el hecho de que hasta

hoy en día los exponentes del subjetivismo individualista sean especialistas en lenguas modernas, principalmente romanistas (Vossler, Leo Spitzer, Lorck y otros).

Sin embargo, también para el subjetivismo individualista el enunciado monológico fue la realidad definitiva y el punto de partida en su reflexión acerca del lenguaje. Pero sus representantes no lo enfocaron desde el punto de vista de un filólogo de comprensión pasiva sino desde la interioridad del hablante, desde el punto de vista de su autoexpresión.

¿Qué es lo que un enunciado monológico representa para el subjetivismo individualista? Hemos visto que el enunciado aparece como un acto puramente individual, como expresión de una conciencia individual, con sus intenciones, tendencias, impulsos creativos, gustos, etcétera. La categoría de la expresión es la categoría superior y general a la que se ajusta un acto lingüístico: la enunciación.

Pero ¿qué es la expresión?

Su definición más simple y sumaria sería la siguiente: es algo que de alguna manera se ha formado en la psique individual y que puede ser proyectado hacia afuera mediante algunos signos externos. Entonces, la expresión contiene dos miembros: lo expresado (interno) y su objetivación externa para los demás (o, tal vez, para uno mismo). La teoría de la expresión, por más sofisticadas y complejas que sean sus formas, presupone ineludiblemente estos dos elementos: todo el acontecimiento de la expresión se desenvuelve entre ellos. Por lo tanto, toda teoría de la expresión inevitablemente sobreentiende que lo expresado puede de alguna manera formarse y existir fuera de la expresión, que existe antes en otra forma y luego pasa a ser la forma de la expresión. De no ser así, si lo expresado existiera desde un principio en la forma de la expresión,

y si entre ambos se diera una transición cuantitativa (algo así como aclaración, diferenciación, etcétera), entonces toda la teoría de la expresión se derrumbaría. La teoría de la expresión forzosamente presupone un cierto dualismo entre lo interno y lo externo, así como una determinada prioridad de lo interno, puesto que todo acto de objetivación (expresión) se desarrolla desde el interior hacia afuera. Sus fuentes se encuentran en el interior. No es gratuito el hecho de que la teoría del subjetivismo individualista y todas las teorías de la expresión en general se hayan producido exclusivamente en un terreno idealista y espiritualista. Todo lo sustantivo se encuentra en el interior, mientras que lo externo puede llegar a ser importante tan sólo al convertirse en el recipiente de lo interno, en la expresión del espíritu.

En realidad, lo interno, al convertirse en lo externo, al expresarse hacia afuera, cambia. Está forzado a apropiarse de un material externo que posee sus propias leyes, ajenas a lo interno. En el proceso de esta asimilación del material, de su superación, de su transformación en un recurso pasivo de la expresión, lo vivenciado y expresado se transforma por sí mismo y se ve obligado a aceptar un cierto compromiso. Es por eso que en el terreno del idealismo, sobre el cual se han constituido todas las teorías de la expresión, pudo tener lugar también una negación radical de la expresión en cuanto distorsión de la pureza de lo interior⁸⁵. En todo caso, todas las fuerzas creativas y organizativas de la expresión se encuentran en el interior. Todo lo externo es tan sólo un material pasivo para la forma interior. De ahí sigue que también la comprensión, la interpretación y la explicación de un fenómeno ideológico pueden ser dirigidas hacia el interior, deben ir,

85. "Idea expresada es mentira" (Tjutchev); "Oh, si el alma pudiera decirse sin palabras" (Fet). Tales declaraciones son típicas para el romanticismo idealista.

en comparación con la expresión, en una dirección inversa: partiendo de una objetivación externa, la explicación debe penetrar hacia sus raíces organizativas internas. Así es como entiende la expresión el subjetivismo individualista.

La teoría de la expresión, que se encuentra en la base de la primera corriente del pensamiento filosófico-lingüístico, es radicalmente errónea.

La vivencia —lo expresado y su objetivación externa— están hechos, como ya lo sabemos, del mismo material. No hay vivencia fuera de su encarnación signica. Por consiguiente, desde un principio ni siquiera puede plantearse una diferencia cualitativa entre lo interno y lo externo. Pero es más que eso: el centro organizativo y formativo no se encuentra en el interior (es decir, no en el material de los signos internos), sino afuera. No es la vivencia la que organiza la expresión, sino por el contrario, es la expresión la que organiza la vivencia, le da por primera vez una forma y una determinación del sentido.

En efecto, no importa qué aspecto de una expresión-enunciado tomáramos, este aspecto siempre se determina por las condiciones reales del enunciado en cuestión, y ante todo por la situación social inmediata.

Esto sucede porque se construye entre dos personas socialmente organizadas, y aunque un interlocutor real no exista, siempre se prefigura como una especie de representante del grupo social al que el hablante pertenece. La palabra está orientada hacia un interlocutor, hacia la condición de éste: si se trata de la persona perteneciente a un mismo grupo social o no, si está por encima o por debajo del hablante (rango jerárquico del interlocutor), si está o no relacionado con el hablante mediante algún vínculo social más estrecho (padre, hermano, marido, etc.). Un interlocutor abstracto, esto es, un hombre en sí, no puede existir; con éste, en efecto, no tendríamos ningún lenguaje común en sentido

literal ni figurado. Incluso si pretendemos a veces vivenciar y expresarnos *urbi et orbi*, en la realidad vemos “la ciudad y el mundo” a través del prisma del medio social concreto que nos abarca. En la mayoría de los casos presuponemos en esta situación un cierto horizonte social típico y estable, hacia el cual se orienta la creatividad ideológica del grupo social y de la época a que pertenezcamos, esto es, hacia un coetáneo de nuestra literatura, nuestra ciencia, nuestra moral, nuestro derecho.

El mundo interior y el pensamiento de todo hombre posee un auditorio social estable, en cuya atmósfera se estructuran sus argumentos internos, las motivaciones y valoraciones internas, etc. Cuanto más culta es la persona dada, tanto más el auditorio en cuestión se aproxima a un auditorio normal de la creación ideológica, pero en cualquier caso el interlocutor ideal no puede salvar las fronteras de una determinada clase social y de una determinada época.

El aspecto de la orientación de la palabra hacia el interlocutor es de suma importancia. En realidad, la palabra representa un acto bilateral. Se determina en la misma medida por aquel a quien pertenece y por aquel a quien está destinada. En cuanto palabra, aparece precisamente como producto de las interrelaciones del hablante y el oyente. Toda palabra expresa a “una persona” en su relación con “la otra”. En la palabra me doy forma a mí mismo desde el punto de vista del otro, al fin de cuentas desde el punto de vista de mi colectividad. La palabra es el puente construido entre el yo y el otro. Si un extremo del puente está apoyado en mí, el otro se apoya en mi interlocutor. La palabra es el territorio común compartido por el hablante y su interlocutor.

Pero ¿quién es el hablante? Porque si la palabra no le pertenece por entero —al ser, por así decirlo, una zona fronteriza entre él y su interlocutor—, le pertenece al

hablante al menos a la mitad. Aquí se presenta un aspecto en el cual el hablante viene a ser un propietario indiscutible de la palabra que en este momento no puede ser enajenada de él. Se trata del acto fisiológico de la realización de la palabra. Pero la categoría de la propiedad es inaplicable a este acto, tomado como puramente fisiológico.

Si no nos atenemos al acto fisiológico de la realización de la palabra, sino a la realización de la palabra en cuanto signo, entonces la cuestión de la propiedad se complica extraordinariamente. Sin mencionar ya el hecho de que el hablante toma prestada la palabra en cuanto signo del acervo social de los signos existentes, la formulación individual de este signo social en un enunciado concreto se determina completamente por las relaciones sociales. Justamente aquella individuación estilística del enunciado de la que hablan los vosslerianos representa un reflejo de las interrelaciones sociales en cuya atmósfera se construye el enunciado dado. La estructura del enunciado se determina — y se determina desde el interior — por la situación social más inmediata y por la situación social más englobadora.

Efectivamente, cualquier enunciado, que analicemos, incluso aquel que no representara una información referencial (comunicación en el sentido estricto de la palabra), sino la expresión de alguna necesidad, por ejemplo, del hambre, se pondrá enseguida de manifiesto su orientación social completa. Ante todo, el enunciado se determina de la manera más inmediata por los participantes del acontecimiento del enunciado, tanto por los presentes como por los distantes, en relación con tal o cual situación: es ésta la que formula el enunciado, le confiere una u otra entonación, al hacerlo sonar ora como exigencia, ora como súplica, bien como reclamación de un derecho o como petición de un favor, con un estilo sofisticado o sencillo, con seguridad o timidez, etcétera.

La situación inmediata y sus participantes sociales

más próximos determinan la forma ocasional y el estilo del enunciado. Los estratos más profundos de su estructura se determinan por las relaciones sociales más duraderas y profundas de las cuales el hablante participa.

Si tomamos un enunciado en medio de un proceso generativo, cuando se encuentra todavía “en el alma”, la esencia del asunto no varía, puesto que la estructura de la vivencia es tan social como la estructura de su objetivación externa. El grado de conciencia, claridad, formulación de un enunciado es directamente proporcional a su orientación social.

En efecto, incluso una simple y vaga concientización de una sensación cualquiera, aunque sea del hambre, sin que se exprese hacia el exterior, no puede prescindir de alguna forma ideológica. Y es que toda concientización requiere un discurso interior, una entonación interior y aun un estilo interior incipiente: se puede sentir el hambre de una manera suplicante, molesta, rencorosa, indignada. Aquí, desde luego nos limitamos a enumerar tan sólo los sentidos burdos y marcados de la entonación interna, pero en la realidad resulta posible una entonación sumamente fina y compleja en su articulación de la vivencia. La expresión externa, en la mayoría de los casos, solamente reitera y aclara el sentido de la orientación interna del discurso interior y las entonaciones ya presentes en él.

Depende de la situación inmediata de la vivencia, así como de la situación social general del hambriento, la dirección que va a tomar el despliegue entonacional de la sensación interna de su hambre. Son justamente éstas las condiciones que determinan el contexto valorativo y el horizonte social en que se toma la conciencia de la vivencia del hambre. El contexto social más próximo determinará a los posibles receptores, aliados o enemigos, hacia los cuales se orienta la conciencia y la vivencia del hambre: podría tratarse del rencor hacia una inhóspita naturaleza,

hacia uno mismo, hacía la sociedad, hacia un grupo social determinado, hacia un hombre determinado, etcétera. Por supuesto, son posibles diferentes grados de concientización, articulación y diferenciación en esta orientación social de la vivencia; pero fuera de alguna orientación social la vivencia no es posible. Incluso el llanto de un bebé de pecho está "orientado" hacia la madre. Puede presentarse un matiz de llamamiento o de propaganda en la vivencia del hambre: la vivencia se estructurará centrada en una posible consigna, en un argumento político, se articulará como protesta, etcétera.

En relación con un receptor potencial (pero a veces incluso claramente percibido), pueden distinguirse dos polos, dos límites entre los cuales la vivencia puede tomar forma y ser objeto de una toma de conciencia, tendiendo a uno u otro límite. Los llamaremos convencionalmente: vivencia-yo y vivencia-nosotros.

Propiamente, la vivencia-yo tiende hacia la aniquilación; en cuanto se aproxima al límite, pierde su articulación ideológica y por tanto deja de ser objeto de una toma de conciencia, acercándose a la reacción fisiológica de un animal. Al tender hacia este límite, la vivencia va perdiendo todas las potencialidades, todos los brotes de una orientación social, y por tanto se despoja de su formulación verbal. Tanto las vivencias aisladas como grupos enteros de ellas pueden acercarse a este límite perdiendo su claridad y articulación ideológica y atestiguando el desarraigo social de la conciencia⁸⁶.

La vivencia-nosotros no es en absoluto una experiencia oscura o gregaria, sino que está diferenciada. Es más, la diferenciación ideológica, el crecimiento de la

86. Acerca de la posibilidad de la separación de un contexto social del grupo de las vivencias sexuales humanas, y de la pérdida de su articulación verbal relacionada con esta posibilidad, ver nuestro libro *Freudismo*, GIZ, 1927, pp. 135-136.

conciencia es directamente proporcional a la firmeza y la solidez de una orientación social. Cuanto más unido, organizado y diferenciado es el colectivo al que un individuo se orienta, tanto más brillante y complejo es su mundo interior.

Pueden existir diversos grados de la vivencia-nosotros y diferentes tipos de su articulación ideológica. Supongamos que una persona que esté pasando hambre toma conciencia de ella dentro de una multitud de gentes que sufren hambre por razones casuales (un infortunado, un mendigo, etcétera.). La vivencia de este individuo desclasado adquirirá un matiz específico y tenderá hacia formas ideológicas determinadas cuya envergadura puede ser bastante amplia: resignación, vergüenza, envidia y otros tonos axiológicos matizarán la vivencia. Las formas ideológicas correspondientes hacia las cuales va a desarrollarse esta vivencia son la protesta individualista de un marginado o la resignación mística llena de arrepentimiento.

Supongamos que la persona que sufre el hambre pertenezca a una colectividad en la cual el hambre no es casual y tiene carácter colectivo, pero que la misma colectividad de las personas hambrientas no esté vinculada por una relación material sólida y sufre su hambre por separado. En la mayoría de los casos el campesino se encuentra en una situación semejante. El hambre se vive por toda la comunidad, pero dentro de una desvinculación material, de la ausencia de una economía unificada, cada quien la soporta en el pequeño y cerrado mundillo de su economía privada. Una colectividad semejante no dispone de un cuerpo material unificado para una acción conjunta. En estas condiciones prevalecerá una conciencia del hambre propia resignada, pero sin vergüenza ni rebajamiento: "Todos aguantan, aguántate tú también". En un terreno semejante se desarrollan los sistemas filosóficos

y religiosos de la no resistencia⁸⁷ y del fatalismo (el primer cristianismo, el sistema de Tolstoi).

El hambre es vivida de una manera muy distinta por un miembro de la colectividad objetivamente unida por circunstancias materiales (un regimiento de soldados; obreros de una fábrica; peones de una gran finca capitalista; finalmente, toda una clase social en el momento de madurar hasta la conciencia de ser “clase para sí”). En este caso, en la vivencia predominarán los tonos de una protesta activa y segura; aquí no existe el terreno para entonaciones resignadas y dóciles. Se trata de un terreno asimismo más favorable para una mayor claridad y articulación ideológica de la vivencia⁸⁸.

Todos los tipos de vivencia que examinamos, con sus entonaciones principales, están preñados asimismo de imágenes correspondientes y de respectivas formas de enunciados posibles. En todas partes, la situación social determina qué imagen, qué metáfora y qué forma de enunciado pueden desarrollarse a partir de una orientación entonacional de una vivencia dada.

La vivencia de sí mismo es de un carácter especial. No se trata de una “vivencia yo” en el sentido propio de la palabra que hemos definido antes. La vivencia individualista aparece completamente diferenciada y articulada. El individualismo es una peculiar forma ideológica de la “vivencia nosotros” de la clase burguesa (existe también un tipo análogo de la vivencia de sí mismo de la clase

87. En el original se sobreentiende la posición tolstoiana: “la no resistencia al mal mediante la violencia”. [N. de la T.]

88. Se puede encontrar un material interesante sobre el problema de la expresión del hambre en los libros del conocido lingüista de la escuela vossleriana Leo Spitzer: *Italienische Kriegsgefangenenbriefe* y *Die Umschreibungen des Begriffes Hunger*. El problema central es: la agilidad y la adaptabilidad de la palabra y de la imagen a las condiciones de una situación excepcional. Sin embargo, el autor no ofrece un enfoque auténticamente sociológico.

feudal aristocrática). El tipo individualista de la vivencia se determina por una orientación social consolidada y segura. La seguridad individualista de sí propio, el valor de sí mismo no se extrae de las profundidades de la personalidad, sino desde el exterior: se trata de una interpretación ideológica del reconocimiento social del yo, con la garantía de su derecho y del apoyo y las garantías objetivas de su actividad económica individual mediante un régimen político. La estructura de una conciencia individual es una estructura tan social como el tipo colectivista de vivencia: se trata de una determinada interpretación ideológica de una situación socioeconómica compleja y estable, proyectada hacia una psique individual. Sin embargo, en este tipo peculiar de la “vivencia-nosotros” individualista, igual que en el régimen social correspondiente, existe una contradicción interna que tarde o temprano ha de romper su estructura ideológica.

El tipo solitario de la vivencia de sí mismo (“saber y tener fuerzas para quedarse solo con su razón”), tal como la cultiva Romain Rolland y en parte Tolstoi, es una estructura análoga. La arrogancia de esta soledad también se apoya en un “nosotros”. Se trata de una especie característica de la “vivencia-nosotros” propia de los intelectuales de la Europa Occidental contemporánea. Las palabras de Tolstoi acerca de que existe un pensamiento para sí mismo y otro pensamiento para el público tan sólo confrontan dos concepciones de público. Este “para sí mismo” tolstoiano significa en realidad una concepción social distinta del receptor, que lo caracteriza. No existe el pensamiento sin una tendencia hacia una posible expresión y, por consiguiente, fuera de una orientación social de esta expresión.

Así pues, una persona hablante, abordada, por decirlo así, desde su interior, aparece por completo como producto de interrelaciones sociales. No sólo la expresión

externa, sino también su vivencia interna resulta ser un territorio social. Por tanto, todo el camino que dista entre una vivencia interior (“lo expresable”) y su objetivación externa (“lo enunciado”) se traza a través de un territorio social. Cuando la vivencia se actualiza en un enunciado acabado, su orientación social se complica por la presencia de una situación social comunicativa más inmediata y, ante todo, por la existencia de interlocutores concretos.

Nuestra exposición echa una nueva luz sobre el problema de la conciencia y la ideología que hemos analizado. Sin contar con una objetivación, con una expresión mediante un material determinado (el material del gesto, de la palabra interna, del grito), la conciencia es una ficción. Se trata de una construcción ideológica mal concebida, creada por medio de una abstracción de los hechos concretos de la expresión social. Pero la conciencia en cuanto expresión material organizada (mediante el material ideológico de la palabra, del sonido, del signo, del dibujo, del color, de la música), es un hecho objetivo y una enorme fuerza social. Es verdad que la conciencia no se encuentra por encima de la existencia ni la puede determinar constitutivamente, pero en cambio es una parte de la existencia, una de sus fuerzas y por lo mismo posee una eficacia, juega un papel en la arena de la existencia. Mientras la conciencia permanece en la cabeza del individuo consciente, como un embrión intradiscursivo de la expresión, se trata todavía de un fragmento demasiado pequeño de la existencia, y su radio de acción es aún muy reducido. Pero al pasar por todas las fases de la objetivación social y al ingresar en el campo de fuerzas de la ciencia, del arte, de la moral, del derecho, se convierte en una fuerza real y es capaz incluso de realizar una influencia inversa sobre las bases económicas de la vida social. Por supuesto, esta fuerza de la conciencia se

materializa en determinadas organizaciones sociales, se articula en expresiones ideológicas estables (ciencia, arte, etcétera), pero inclusive en la forma vaga y primitiva de un pensamiento y una vivencia pasajera, la conciencia había sido ya un pequeño acontecimiento social y no un acto individual interno.

Desde un principio, la vivencia está orientada hacia una expresión externa totalmente actualizada, tendiendo hacia ella. Esta expresión de la vivencia puede llevarse a cabo, pero también puede ser detenida o inhibida. En este último caso, la vivencia viene a ser una expresión suspendida (no tocaremos aquí la cuestión sumamente compleja de las causas y las condiciones de la suspensión). A su vez, una expresión realizada causa una poderosa influencia retroactiva sobre la vivencia: empieza a estructurar la vida interior confiriéndole una expresión más definida y estable.

La influencia inversa de una expresión articulada y estable sobre la vivencia (es decir, la expresión interna) tiene una enorme importancia que siempre ha de tomarse en cuenta. Se podría decir que no tanto la expresión se acomoda a nuestro mundo interior, cuanto nuestro mundo interior busca adaptarse a las posibilidades de nuestra expresión y a sus posibles vías y direcciones.

Para diferenciarlo de los sistemas ideológicos ya formados — arte, moral, derecho —, llamaremos ideología cotidiana a todo el conjunto de experiencias vivenciales y de las expresiones relacionadas directamente con éstas. La ideología cotidiana es un mundo caótico del discurso interior y exterior desordenado y no asentado, mundo que confiere un sentido a todo nuestro acto ético o acción, y a todo nuestro estado “consciente”. Al tomar en cuenta la índole sociológica de la estructura de expresión y vivencia, podemos decir que la ideología cotidiana tal como la comprendemos, en términos generales corresponde a

aquello que las fuentes marxistas designan como “psicología social”. En este contexto preferimos evitar la palabra “psicología”, puesto que nos importa exclusivamente el contenido del psiquismo y de la conciencia, el cual es completamente ideológico y no se determina por factores orgánicos e individuales (biológicos, fisiológicos), sino por factores sociológicos. El factor orgánico e individual carece absolutamente de importancia para la comprensión de las principales tendencias creativas y plenas de vitalidad del contenido de la conciencia.

Los sistemas ideológicos articulados de la moral social, de la ciencia, del arte, de la religión se cristalizan a partir de la ideología cotidiana y a su vez la influyen retroactivamente, dando en condiciones normales el tono a la ideología cotidiana. Pero al mismo tiempo estos productos ideológicos estructurados conservan permanentemente un vínculo orgánico y vivo con la ideología cotidiana, se alimentan de sus jugos y fuera de ella están muertos, como lo están, por ejemplo, una obra literaria terminada o una idea científica fuera de una percepción viva que los valore. Pero también esta percepción, para la cual propiamente existe cualquier tipo de obra ideológica, se lleva a cabo en el lenguaje de la ideología cotidiana. La ideología cotidiana ubica la obra en una situación social determinada. Una obra se vincula con la totalidad del contenido de la conciencia receptora, se ilumina por ésta de un modo nuevo. En esto consiste la vida de una obra ideológica. En cualquier época de su existencia histórica la obra debe establecer nexos estrechos con la ideología cotidiana cambiante, debe impregnarse de ella, saturarse de sus jugos siempre nuevos. Solamente en la medida en que una obra sea capaz de establecer una relación orgánica e indisoluble con la ideología cotidiana de una época determinada, será capaz también de mantenerse viva durante esta época (por

supuesto, en un grupo social determinado). Fuera de este vínculo deja de existir, puesto que deja de experimentarse como ideológicamente significativa.

Hemos de distinguir varios estratos dentro de la ideología cotidiana. Estos estratos se determinan por la escala social que mide la vivencia y la expresión, por las fuerzas sociales hacia las cuales estas últimas deben orientarse permanentemente.

El horizonte en medio del cual se realiza una vivencia o una expresión determinada puede ser, como ya lo sabemos, más o menos extenso. El mundillo de una vivencia puede ser muy estrecho y oscuro, la orientación social de la vivencia puede ser eventual e instantánea, distintiva tan sólo de una agrupación accidental precaria de varias personas. Desde luego, incluso estas vivencias caprichosas son de índole ideológica y sociológica, pero se sitúan ya en los límites entre lo normal y lo patológico. Una semejante vivencia fortuita permanece aislada en la vida psíquica de una persona determinada. No es capaz de consolidarse y encontrar una expresión diferenciada y acabada, puesto que carece de un auditorio socialmente fundamentado y sólido: ¿de dónde pueden surgir las bases para su diferenciación y acabamiento? Un afianzamiento (por escrito o incluso impreso) es aún menos posible para una semejante vivencia aleatoria. Una vivencia originada por una situación casual y momentánea no tiene ninguna oportunidad para obtener una fuerza y una eficacia posteriores.

Tales vivencias constituyen el estrato inferior, inestable y sumamente cambiante de la ideología cotidiana. Por tanto, a este estrato pertenecen todas las vivencias difusas, poco desarrolladas, que pasan esporádicamente por nuestra psique, así como los pensamientos y las palabras fortuitas y ociosas. Todos ellos representan los abortos, incapacitados para vivir, de las orientaciones sociales, las

novelas sin héroe y exposiciones sin auditorio. Carecen de toda lógica y unidad. Es sumamente difícil localizar en tales retazos ideológicos una regularidad sociológica. En el estrato inferior de la ideología cotidiana sólo es posible captar una regularidad estadística; sólo con base en una gran cantidad de productos de esta clase se ponen de manifiesto las líneas generales de una ley socioeconómica. Es desde luego imposible descubrir los presupuestos socioeconómicos de una vivencia o una expresión aislada.

Los estratos superiores de la ideología cotidiana, que son contiguos a sistemas ideológicos, resultan más consistentes, responsables y de índole creativa. Son mucho más móviles y tensos en comparación con una ideología estructurada; son capaces de transmitir los cambios de las bases socioeconómicas en forma más dinámica y definida. Es en las ideologías cotidianas de este tipo donde se acumulan las energías creativas con la ayuda de las cuales se llevan a cabo las reestructuraciones parciales o radicales de sistemas ideológicos. Las nuevas fuerzas sociales que surgen primeramente encuentran una expresión ideológica y una articulación en estos estratos superiores de la ideología cotidiana, antes de que logren conquistar la arena de una ideología oficial organizada. Desde luego, estas nuevas corrientes de la ideología cotidiana, por más revolucionarias que fuesen, en medio de la lucha y en el proceso de una paulatina penetración en las organizaciones ideológicas (la prensa, la literatura, la ciencia), están sujetas a la influencia de los sistemas ideológicos ya formados, asimilan parcialmente las formas acumuladas y los hábitos y los enfoques ideológicos.

Lo que suele llamarse "individualidad creativa" representa la expresión de una línea firme y permanente en la orientación social de una persona. Ante todo, aquí se incluyen los estratos superiores y más articulados

del discurso interior (ideología cotidiana), cada imagen, cada entonación de la cual pasaron por la fase de la expresión, como por una prueba mediante la expresión. De este modo, en tal categoría se incluyen las palabras, entonaciones y gestos del discurso interior que ya pasaron por la experiencia de la expresión externa en una escala social más o menos extensa; son elementos solventes socialmente, pulidos por las reacciones y réplicas, por la negación o el apoyo de un auditorio social.

En los estratos inferiores de la ideología cotidiana, por supuesto, el factor bio-biográfico juega un papel importante, pero a medida que el enunciado echa raíces en un sistema ideológico, su importancia disminuye cada vez más. Si, por consiguiente, en los estratos inferiores de una vivencia y una expresión (enunciado) las explicaciones bio-biográficas pueden aportar algo, su papel en los estratos superiores es extremadamente modesto. El método sociológico objetivo es para ellos el más adecuado.

Así pues, la teoría de la expresión, fundamento del subjetivismo ideológico, debe ser rechazada por nosotros. El centro organizador de cada enunciado, de cada expresión no se encuentra adentro, sino afuera: en el medio social que rodea al individuo. Sólo un grito animal inarticulado aparece organizado, en efecto, desde el interior del aparato fisiológico de un individuo aislado. Este grito no agrega ningún matiz ideológico a la reacción fisiológica. Pero incluso el enunciado más primitivo de un hombre, realizado por un organismo singular, se organiza fuera de éste, en las condiciones extraorgánicas del medio social. El enunciado en cuanto tal es plenamente el producto de una interacción social, tanto de la más inmediata, determinada por la situación social de la conversación, como de la más amplia, definida por todo el conjunto de condiciones de una colectividad hablante dada. Una enunciación singular

(parole), contrariamente a la doctrina del objetivismo abstracto, dista de ser un hecho individual que no esté sujeto, por su índole individual, a un análisis sociológico. Si esto fuera así, entonces la suma de estos actos individuales ni tampoco algunos aspectos abstractos propios de todos estos actos individuales (“formas normativamente idénticas”), podrían generar producto social alguno.

El subjetivismo individualista tiene razón en que las enunciaciones singulares representan la única realidad concreta de la lengua en que la relevancia creativa de la lengua depende de ellas. Pero el subjetivismo individualista no tiene razón en menospreciar y en dejar de comprender la naturaleza social del enunciado, tratando de derivar la enunciación del mundo interior del hablante como su expresión. La estructura del enunciado y la de la misma vivencia expresada es una estructura social. La estructuración estilística del enunciado es una articulación social, así como el mismo flujo discursivo de las enunciaciones, al cual en efecto se reduce la realidad de lenguaje, es también un flujo social. Cada gota en él es social, así como lo es toda la dinámica de su generación. El subjetivismo individualista tiene toda la razón al sostener que no deben desligarse la forma lingüística y su contenido ideológico. Toda palabra es ideológica, y todo el uso del lenguaje está relacionado con el cambio ideológico. Pero el subjetivismo idealista no tiene razón al deducir también este contenido ideológico de la palabra a partir de las condiciones de un psiquismo individual.

Tampoco tiene razón el subjetivismo idealista en tomar como punto de partida, tal como lo hace el objetivismo abstracto, el enunciado monológico por excelencia. Es verdad que algunos vosslerianos empiezan a acercarse al problema del diálogo y, por consiguiente, a una comprensión más idónea de la interacción discursiva.

En esta relación es sumamente característico el libro de Leo Spitzer que ya hemos mencionado, *Italienische Umgangssprache*, en el que se ensayan unos análisis de la lengua hablada italiana en una estrecha relación con las condiciones del habla y ante todo con la posición del interlocutor⁸⁹. Sin embargo, el método de Leo Spitzer es psicológico-descriptivo. Leo Spitzer no hace conclusiones sociológicas de principio a partir de su análisis. Así que para los vosslerianos, la realidad principal sigue siendo un enunciado monológico.

Fue Otto Dietrich quien planteó el problema de la interacción discursiva con una gran claridad⁹⁰. Parte de una crítica de la teoría de la enunciación en cuanto expresión. Para él, la función principal del lenguaje no es la expresión, sino la comunicación. Esto le permite tomar en cuenta al receptor. La condición mínima de un fenómeno lingüístico es, según Dietrich, la presencia de dos sujetos (el hablante y el oyente). Sin embargo, Dietrich comparte los presupuestos psicológicos generales con el subjetivismo individualista. Las investigaciones de Dietrich carecen asimismo de una base sociológica definida.

Ahora podemos contestar las preguntas que planteamos al principio del primer capítulo de esta parte. La realidad concreta del lenguaje en cuanto discurso no es el sistema abstracto de formas lingüísticas, ni tampoco una enunciación monológica y aislada, ni el acto psicofísico de

89. Es significativa la misma estructura del libro, que contiene cuatro capítulos. He aquí sus títulos: I. *Eröffnungformen des Gesprächs*. II. *Spracher und Hörer, A. Höflichkeit (Rücksicht auf den Partner)*. B. *Sparsamkeit und Verschwendung im Ausdruck*; C. *Ineinandergreifen von Rede und Gegenrede*. III. *Spracher und Situation*. IV. *Der Abschluss des Gesprächs*. El precursor de Spitzer en la investigación de la lengua hablada en condiciones del habla real fue Hermann Wunderlich. Cf. su libro: *Unsere Umgangssprache* (1894).

90. Cf. *Die Probleme der Sprachpsychologie* (1914).

su realización, sino el acontecimiento social de interacción discursiva, llevada a cabo mediante la enunciación y plasmada en enunciados.

La interacción discursiva es, entonces, la realidad principal del lenguaje.

El diálogo en el sentido estricto de la palabra es, por supuesto, tan sólo una de las formas, aunque la más importante, de la interacción discursiva. Pero el diálogo puede ser comprendido extensivamente, no solamente como la comunicación verbal directa y oral de las personas presentes, sino como toda comunicación discursiva, del tipo que sea. Un libro, es decir, una actuación discursiva impresa, es también un elemento de la comunicación discursiva. Como tal se discute en un diálogo directo y vivo, pero además, esta comunicación discursiva está orientada hacia una percepción activa, relacionada con una elaboración y con la réplica interna, así como hacia una reacción impresa organizada en las más diversas formas creadas a propósito en una esfera dada de la comunicación discursiva (reseñas, exposiciones críticas que determinan la influencia sobre los trabajos posteriores, etcétera). Además, una semejante actuación discursiva está orientada hacia las actuaciones anteriores en la misma esfera, del mismo autor o de otros, y parte de un determinado estado de un problema científico o de un estilo artístico. Así pues, una actuación discursiva participa en una discusión ideológica a gran escala: responde a algo, algo rechaza, algo está afirmando, anticipa las posibles respuestas y refutaciones, busca apoyo, etcétera.

Todo enunciado, por más terminado e importante que fuese en sí mismo, es tan sólo un momento en la comunicación discursiva continua (cotidiana, literaria, cognoscitiva, política). Pero además, este intercambio discursivo es, a su vez, tan sólo un momento de un

continuo y multilateral proceso generativo de un colectivo social determinado. De ahí surge un problema importante: el estudio del vínculo entre una interacción concreta y una situación extraverbal más próxima y, a través de ésta, la relación con la situación más amplia. Las formas de esta vinculación son diferentes, y en relación con una u otra forma, los distintos momentos de la situación adquieren una significación diferente (así, son diferentes los vínculos con los diversos momentos de las situaciones en la comunicación artística o científica). La comunicación discursiva jamás puede ser comprendida y explicada fuera del vínculo con una situación concreta. La comunicación verbal está indisolublemente entretejida con comunicaciones de otro tipo, habiendo surgido en un terreno de la comunicación productiva, común a todas ellas. No se puede arrancar la palabra de esta comunicación unitaria, en un proceso generativo permanente y eterno. En esta relación concreta con la situación, la comunicación discursiva siempre está acompañada por actos sociales de carácter extralingüístico (actos de trabajo, actos simbólicos de un ritual, de una ceremonia, etcétera), siendo a menudo tan sólo su complemento y cumpliendo con una función auxiliar. El lenguaje vive y se genera históricamente en la comunicación discursiva concreta, y no en un sistema lingüístico abstracto de formas, ni tampoco en la psique individual de los hablantes. Por consiguiente, un orden metodológicamente fundado del estudio del lenguaje debe ser el siguiente: 1) formas y tipos de interacción discursiva en relación con sus condiciones concretas; 2) formas de enunciados concretos, de algunas actuaciones discursivas en estrecha relación con la interacción cuyos elementos son estos enunciados, esto es, los géneros de las actuaciones discursivas, determinados por la interacción discursiva, en la vida y en la creación ideológica; 3) a partir de ahí, una

revisión de las formas del lenguaje tomadas en su versión lingüística habitual.

El mismo orden vale para una generación concreta del lenguaje: primero se genera la comunicación social (fundada sobre las infraestructuras), en ella se generan la comunicación y la interacción discursiva y, finalmente, esta generación se refleja en el cambio de las formas de la lengua.

Todo lo dicho revela una extraordinaria importancia del problema de las formas del enunciado en cuanto totalidad. Ya hemos señalado que la lingüística contemporánea carece de un enfoque del enunciado en sí. Su análisis no va más allá de los elementos. Mientras tanto, las unidades reales de la corriente lingüística discursiva son los enunciados. Pero justamente para estudiar las formas de esta unidad real, ella no puede ser separada del flujo histórico de los enunciados. Como totalidad, el enunciado se realiza solamente en el flujo de la comunicación discursiva. La totalidad se determina por sus fronteras, y éstas pasan por la línea de contacto del enunciado determinado con el medio extraverbal y con el verbal, constituido por otros enunciados.

La primera y la última palabra, el inicio y el fin de un enunciado real: he aquí el problema de la totalidad. El proceso discursivo entendido ampliamente, como proceso de la vida discursiva externa e interna, es, en realidad, continuo, no conoce principio ni fin. Un enunciado actualizado externo representa una isla que asoma desde un océano sin orillas que es el discurso interior; dimensiones y formas de la isla se determinan por la situación dada del enunciado y por su auditorio. La situación y el auditorio obligan al discurso interior a que se actualice mediante una expresión externa determinada, la que inmediatamente se incluye en un contexto cotidiano extraverbal; en éste la expresión mencionada se complementa con una acción, un acto ético o una respuesta de otros participantes de la

enunciación. Una pregunta completa, una exclamación, una orden, una súplica: éstas son las totalidades típicas de los enunciados cotidianos. Todas ellas (sobre todo aquellas tales como la orden o la súplica) requieren un complemento extraverbal, así como un principio igualmente extraverbal. El mismo tipo de conclusión de estos pequeños géneros cotidianos se determina por la fricción de la palabra sobre un medio extraverbal, lo mismo que por la fricción de la palabra sobre la palabra ajena (la de otras personas). Así, la forma de una orden se define por los obstáculos que puede encontrar, por el grado de obediencia, etcétera. La conclusión genérica en estos casos responde a las particularidades casuales e irrepetibles de las situaciones vitales. Sólo se puede hablar de tipos determinados de conclusión genérica en el discurso cotidiano en que se presenten formas mínimamente estables fijadas por las costumbres y las circunstancias. Así, un tipo muy especial de conclusión genérica aparece en las ligeras charlas de salón que no obligan a nada, en las que todos pertenecen al mismo círculo y en las que la diferenciación principal de la concurrencia (del auditorio) es según el sexo. Aquí se elaboran las formas específicas de la palabra-alusión, de la palabra callada, de reminiscencias de relatos pequeños y de antemano poco serios, etcétera. Otro tipo de conclusión se establece en las pláticas entre marido y mujer, entre hermano y hermana. Las personas heterogéneas, reunidas casualmente en alguna fila de espera, en alguna institución, empiezan, terminan y estructuran las réplicas de un modo totalmente distinto. Las reuniones campestres, las fiestas ciudadanas, las pláticas entre obreros durante la hora de la comida, presentan sus propios tipos de comunicación. Cualquier situación cotidiana estable posee una determinada organización del auditorio y, por consiguiente, un repertorio correspondiente de pequeños géneros cotidianos. A un

género cotidiano le corresponde siempre un cauce dentro de la comunicación social, siendo el género un reflejo ideológico de ésta en su tipo, estructura, finalidad y composición social. El género cotidiano es parte del medio social: de una fiesta, un rato de ocio, una conversación de salón o de taller. Roza este medio, está delimitado y determinado por él en todos sus aspectos internos. Los procesos laborales y los de la comunicación oficial poseen sus propias formas de estructuración de los enunciados.

En cuanto a las formas de la comunicación ideológica en el sentido exacto de la palabra: formas de presentaciones políticas, de actos políticos, de leyes, fórmulas, declaraciones, formas de enunciados poéticos, de tratados científicos; estas formas han sido sometidas a investigaciones especializadas en la retórica y la poética, pero, según ya hemos dicho, tales investigaciones aparecen totalmente separadas del problema del lenguaje por una parte y, por otra, de los problemas de la comunicación social⁹¹.

Un análisis productivo de las formas de totalidad en los enunciados en cuanto unidades reales del flujo discursivo, es sólo posible en base al reconocimiento del enunciado como un fenómeno puramente sociológico. Una filosofía del lenguaje marxista debe precisamente tomar como fundamento el enunciado en cuanto fenómeno real del lenguaje (discurso) y en cuanto estructura socioideológica.

Al demostrar la estructura sociológica del enunciado, volvamos a las dos corrientes del pensamiento filosófico y lingüístico y hagamos un resumen conclusivo.

La lingüista moscovita R. Shor, que se adhiere a la segunda corriente del pensamiento filosófico-lingüístico

91. Sobre la separación de una obra poética de las condiciones de la comunicación artística y sobre su consiguiente cosificación, véase nuestro trabajo: "Palabra en la vida y palabra en la poesía" [*Zvezda*, 6 (1926), GIZ].

(el objetivismo abstracto), comienza con las siguientes palabras su breve ensayo sobre la situación en la lingüística contemporánea:

La lengua no es cosa (ergon) sino la actividad natural propia del hombre (energeia), dijo la lingüística romántica del siglo XIX. La lingüística teórica contemporánea dice otra cosa: "La lengua no es una actividad individual (energeia), sino el acervo histórico y cultural de la humanidad (ergon)"⁹².

Esta conclusión sorprende por su unilateralidad y mala fe. Desde el punto de vista de los hechos, es absolutamente incorrecta. También la escuela de Vossler pertenece a la lingüística teórica contemporánea, y representa en Alemania uno de los movimientos más poderosos de la lingüística actual. Es impermissible identificar la lingüística contemporánea tan sólo con una de sus corrientes.

Desde el punto de vista teórico, tanto la tesis como la antítesis construidas por R. Shor deben ser rechazadas por igual, por ser igualmente inadecuadas a la naturaleza real del lenguaje.

En conclusión, formulemos nuestro punto de vista acerca de la cuestión en unos pocos postulados:

1) La lengua como sistema estable de formas normativamente idénticas es tan sólo una abstracción científica, productiva únicamente para ciertos fines teóricos y prácticos. Esta abstracción no se adecua a la realidad concreta del lenguaje.

2) El lenguaje es un proceso continuo de generación, llevado a cabo en la interacción discursiva social de los hablantes.

92. En el artículo citado de R. Shor "Crisis de la lingüística contemporánea", p. 71.

3) Las leyes de la generación lingüística, lejos de ser leyes psicológicas e individuales, tampoco pueden ser desvinculadas de la actividad de los individuos hablantes. Las leyes de la generación lingüística son sociológicas.

4) La creación del lenguaje no coincide con la artística o con algún otro tipo de creación específicamente ideológica. Pero al mismo tiempo la creación del lenguaje no puede ser comprendida en una separación de los sentidos y valores ideológicos que contiene. La generación del lenguaje, como toda generación histórica, puede percibirse como una ciega necesidad mecánica, pero puede llegar a ser una “necesidad libre”, al convertirse en una necesidad consciente y deseada.

5) La estructura del enunciado es puramente sociológica. El enunciado como tal surge entre los hablantes. Un acto discursivo individual (en el sentido exacto de la palabra “individual”) es una *contradictio in adjecto*.

CAPÍTULO IV

TEMA Y SIGNIFICACIÓN EN EL LENGUAJE

Tema y significación - Problema de la percepción activa - Valoración y significado - Dialéctica de la significación.

El de la significación es uno de los problemas más difíciles en la lingüística. En el proceso de su solución se pone de manifiesto con una claridad peculiar el monologismo unilateral de la lingüística. La teoría de la comprensión pasiva no deja posibilidad de aproximarse a los problemas generales más importantes de la significación lingüística.

Dentro de los límites de nuestro trabajo nos vemos obligados a limitarnos a un examen sumamente breve y superficial de esta cuestión. Trataremos tan sólo de apuntar hacia las líneas, principales de su elaboración productiva.

Una significación determinada y unificadora, un sentido único, pertenecen a todo enunciado en cuanto totalidad. Llamaremos tema a este sentido de un enunciado total⁹³. El tema debe ser unitario, en caso contrario careceremos de fundamento para hablar de un enunciado. El tema de un enunciado, en realidad, es individual e irrepitible, como lo es el mismo enunciado. Aparece como la expresión de una situación histórica concreta por la que fue originado el enunciado. El enunciado “¿qué hora es?” posee en todo momento dado una significación diferente y, por consiguiente, según nuestra terminología, un tema

93. Esta denominación es, por supuesto, convencional. Aquí el tema abarca también su cumplimiento; por eso no hay que confundir nuestro concepto con el tema de una obra literaria. El concepto de “unidad temática” se le aproxima más.

diferente, de acuerdo con la situación histórica (histórica en dimensiones microscópicas) concreta en la cual se pronuncia y cuya parte, en realidad, representa.

De ahí que el tema de un enunciado se determine no solamente por las formas lingüísticas que participan en él —palabras, formas morfológicas y sintácticas, sonidos, entonación—, sino también por los aspectos extraverbales de la situación. Al perder de vista estos aspectos de la situación, no entenderemos el enunciado, de la misma manera como sucede al perder las palabras más importantes de la secuencia. El tema de un enunciado es siempre concreto, como lo es el instante histórico al que el enunciado pertenece. Sólo el enunciado en su plenitud concreta como fenómeno histórico posee un tema. Así es el tema de un enunciado.

Sin embargo, seríamos malos dialécticos si nos limitáramos al carácter históricamente irrepetible y único de cada enunciado concreto. Junto al tema o, más exactamente, dentro del tema, el enunciado posee también un significado. A diferencia del tema, entendemos por significado todos los aspectos repetibles e idénticos a sí mismos en todas las repeticiones del enunciado. Desde luego, se trata de aspectos abstractos: en forma convencionalmente aislada no tienen una existencia concreta y autónoma, pero al mismo tiempo representan una parte inseparable y necesaria del enunciado. El tema de un enunciado es, en realidad, indivisible. La significación del enunciado, por el contrario, se desintegra en una serie de significados de los elementos lingüísticos que lo conforman. El tema irrepetible del enunciado “¿qué hora es?”, tomado en su vínculo indisoluble con una situación histórica concreta, no puede dividirse en elementos. La significación del enunciado “¿qué hora es?” —idéntica, por supuesto, en todos los casos históricos de su enunciación—, se constituye de los significados de las

palabras, formas de la relación sintáctica y morfológica entre ellos, de la entonación interrogativa, etcétera.

El tema es un sistema de signos complejo y dinámico, que trata de adecuarse a un determinado momento de la generación. El tema es reacción de una conciencia en proceso de generación a la generación del ser. La significación es el aparato técnico de la realización del tema. Por supuesto, es imposible trazar una frontera mecánica y absoluta entre tema y significación. No hay tema sin significación, ni significación sin tema. Es más, resulta imposible, incluso, mostrar el significado de una palabra aislada (por ejemplo, en la enseñanza de una lengua extranjera) sin convertirla en elemento de un tema, es decir, sin construir un enunciado “ejemplar”. Por otra parte, el tema debe apoyarse en cierta estabilidad de la significación, de lo contrario, perderá su nexo con los enunciados anteriores y posteriores, esto es, perderá su sentido por completo.

El estudio de las lenguas de los pueblos primitivos y la paleontología de la significación contemporánea llegan a la conclusión acerca del carácter compuesto del pensamiento primitivo. El hombre primitivo solía utilizar alguna palabra para significar los fenómenos más heterogéneos, desvinculados entre sí desde nuestro punto de vista. Es más, una misma palabra podía significar conceptos completamente apuestos —arriba y abajo, tierra y cielo, bien y mal, etcétera—.

Basta decir que —dice el académico N. Ia. Marr— la paleontología contemporánea del lenguaje nos ofrece la posibilidad de llegar en su indagación hasta la época en que la tribu tenía a su disposición una sola palabra para aplicarla en todas las significaciones de las que la humanidad era capaz de tomar conciencia⁹⁴.

Pero nos pueden preguntar, ¿acaso una semejante

94. «Por las etapas de la teoría yafética», p. 278.

palabra polivalente era *palabrar*? Precisamente, era la palabra. Por el contrario, si algún complejo fónico poseyera un solo significado inerte e invariable, entonces este complejo no sería palabra ni signo, sino tan sólo señal⁹⁵. La multiplicidad de significaciones es la cualidad constitutiva de la palabra. En relación con la palabra ambivalente de la que habló N. Ia. Marr, podemos decir lo siguiente: una palabra semejante, en realidad, casi carece de significado, porque es tema en su totalidad. Su significación es inseparable de una situación concreta de su realización. El significado cambia tantas veces, cuantas veces cambia la situación. En este caso, el tema absorbe, diluye en sí el significado, no deja que se establezca y solidifique siquiera un poco. Pero conforme se desarrolla el lenguaje, conforme se amplía la disponibilidad de complejos fónicos, los significados empiezan a anquilosarse, de acuerdo con las líneas de aplicación temática de una palabra más utilizadas en la vida de un colectivo.

El tema, como hemos dicho, pertenece solamente a un enunciado completo, y a una palabra aislada le pertenece tan sólo en medida en que puede figurar en calidad de un enunciado completo. Así, por ejemplo, la palabra polivalente de N. Ia. Marr siempre aparece en calidad de un todo (y por eso carece de significaciones estables). En cambio, el significado pertenece a un elemento y a un conjunto de elementos en su relación con un todo. Desde luego, si prescindimos de la relación con el todo (es decir, con el enunciado), perderemos por completo el significado. Precisamente por esta razón no se debe trazar un límite demasiado tajante entre tema y significación.

95. Todo esto demuestra que incluso aquella palabra primigenia de la que habla N. Ia. Marr, en nada se parece a la señal, concepto al cual algunas personas tratan de reducir el lenguaje. Porque una señal que signifique todo es menos que nada capaz de asumir la función de señal. La señal tiene una capacidad muy débil para acomodarse a las condiciones cambiantes de una situación y, en realidad, el cambio de una señal representa su sustitución por otra señal.

La manera más correcta para formular la relación mutua entre tema y significado es la siguiente. El tema es el límite superior y real de la significación lingüística, en realidad, sólo el tema quiere decir algo concreto. El significado es el límite inferior de la significación lingüística. El significado, fundamentalmente, nada quiere decir y tan sólo posee una potencialidad, una posibilidad de significación en un tema concreto. La indagación del significado de uno u otro elemento puede, de acuerdo con la definición que hemos dado, seguir en dos direcciones: o en la dirección hacia el límite superior, el tema; en tal caso, se tratará de una investigación sobre una significación contextual de una palabra dada en condiciones de una enunciación concreta; o bien puede tender hacia el límite inferior, el del significado. En este caso se tratará de la investigación acerca de la significación de una palabra en el sistema de la lengua. En otras palabras, de la investigación léxica.

La distinción entre el tema y el significado y la comprensión concreta de su relación mutua es sumamente importante para estructurar una auténtica disciplina de la significación. Hasta ahora, su importancia no ha sido comprendida en absoluto. La distinción entre el significado usual y el significado ocasional de la palabra, entre el significado principal y el secundario, entre la denotación y la connotación, etcétera, son radicalmente insatisfactorias. La tendencia principal, que está en la base de todas las distinciones semejantes, y que consiste justamente en atribuir un valor máximo al momento principal, al significado usual, el cual se concibe además como realmente existente y estable, es absolutamente incorrecta. Además, el tema, que permanece incomprendido, no puede reducirse a un significado ocasional o connotativo de las palabras.

La diferencia entre el tema y el significado se aclara especialmente en relación con el problema de la

comprensión, al que nos referiremos brevemente. Ya hemos tenido la oportunidad de hablar acerca del tipo pasivo, filológico de comprensión, con la respuesta excluida de antemano. Toda comprensión verdadera es activa y representa un germen de la respuesta. Sólo la comprensión activa puede abordar el tema: un proceso generativo sólo puede ser abarcado desde otro proceso generativo.

Comprender un enunciado ajeno significa orientarse respecto de él, encontrarle un lugar apropiado en un contexto correspondiente. Por encima de cada palabra de un enunciado que vamos entendiendo formamos una especie de estratos formados con nuestras propias palabras de respuesta. Cuanto mayor es su número y cuanto más importantes son, tanto más profunda y sustancial es la comprensión.

Así pues, todo elemento semántico aislado de un enunciado y el enunciado completo se transportan por nosotros a un contexto distinto, activo, en proceso de respuesta. Toda comprensión es dialógica. La comprensión se contrapone al enunciado como una réplica se contrapone a otra en un diálogo. La comprensión busca para la palabra del hablante una contrapalabra. Sólo la comprensión de la palabra extranjera busca una "misma" palabra en su propia lengua.

Por eso no cabe hablar de que una significación esté asignada a una palabra en cuanto tal. En realidad, pertenece a la palabra situada entre los hablantes, es decir, se realiza solamente en el proceso activo de comprensión como respuesta. El significado no se encuentra en la palabra, ni en el alma del hablante o del oyente. La significación es el efecto de interacción del hablante con el oyente con base en el material de un complejo fónico determinado. Es la centella eléctrica que aparece solamente si se juntan dos polos opuestos. Los que menosprecian el tema, accesible tan sólo a una comprensión activa preñada de respuesta, y al definir el significado de la palabra tratan de acercarse a su límite

inferior, idéntico a sí mismo, estable, en realidad pretenden encender una bombilla eléctrica después de desconectar la corriente. Sólo la corriente de la comunicación discursiva da a la palabra la luz de su significación.

Ahora pasaremos a uno de los problemas más importantes de semántica, el problema de la interrelación entre valoración y significación. Toda palabra pronunciada en la vida real no sólo posee un tema y un significado en el sentido referencial o de contenido, sino también una valoración, esto es, todos los contenidos referenciales se presentan en el discurso vivo, se dicen o se escriben en relación con un determinado acento valorativo. No existe palabra sin un acento valorativo. ¿Qué es este acento, y cómo se relaciona con el aspecto referencial de la significación?

El estrato más pronunciado, pero a la vez el más superficial de la valoración social contenida en la palabra se transmite mediante una entonación expresiva. La entonación en la mayoría de los casos se determina por la situación más próxima, mediante circunstancias a menudo efímeras. He aquí un caso clásico del uso de la entonación en el lenguaje cotidiano. Dostoievski cuenta en el *Diario de un escritor*:

Pero un domingo, ya de noche, me ocurrió andar algunos pasos al lado de una pandilla de seis artesanos borrachos, y de pronto me convencí de que se pueden expresar todos los pensamientos, sensaciones y hasta hondos juicios con sólo ese sustantivo, que por añadidura no tiene nada de complejo (se trata de una palabra obscena muy común —V.V.). He aquí, por ejemplo, uno de estos chicarrones que lo pronuncia de un modo enérgico y tajante para expresar su negativa rotunda respecto de algo de lo que acaban de hablar. Otro le replica

con ese mismo sustantivo, pero ya en otro tono y sentido muy diverso..., precisamente poniendo en duda la justicia de la negación del primero. Un tercero se indigna de pronto contra el negador, irrumpe violentamente en el diálogo y le suelta el mismo sustantivo, pero ya en son de amenaza e insulto. Vuelve entonces a terciar el segundo interlocutor, indignado con el tercero, con el ofensor, y lo interpela diciéndole: “Vamos, hombre, ¿a qué te metes en nuestra conversación? ¡Estamos hablando tranquilamente, y de pronto saltas y te pones a insultar a Filka!”. Y he aquí que todo eso lo viene a decir con ese mismo vocablo prohibido, con la misma denominación sencilla de un objeto, sin más aditamento que el de alzar la mano y coger al otro por el hombro. Pero hete aquí que, de pronto, un cuarto interlocutor, el más joven de la partida, que hasta allí no despegó los labios, buscando probablemente la solución de la primera discrepancia que dio lugar a la disputa, entusiasmado, alzando los brazos, grita: “¡Eureka! —piensan—. ¿Encontré?”. Pues no hay tal eureka ni tal encontré, sino que repite exactamente ese mismo sustantivo que no figura en los diccionarios, esa misma palabra, una nada más, pero con entusiasmo, con un grito de fruición, al parecer, demasiado intensa, pues al sexto amigote, el mayor y de gesto agrio, no le hace gracia, y en un santiamén le disipa el entusiasmo al mozo, repitiéndole con malhumorada y admonitoria voz de bajo..., pues ese mismo sustantivo que está prohibido

emplear delante de señoras, con el que por lo demás, expresa clara y exactamente: “¿A qué te entrometes en la conversación? ¡Cierra el pico!”. Y así, sin proferir otra palabra, repitiendo ese vocablo favorito seis veces, por turno, se comprendieron perfectamente⁹⁶.

Las seis “actuaciones lingüísticas” de los obreros son diferentes, a pesar de que consisten en una misma palabra. En realidad, esta palabra es tan sólo el apoyo para la entonación. La conversación aquí se lleva a cabo mediante entonaciones que expresan las valoraciones de los hablantes. Estas valoraciones y las entonaciones respectivas se determinan plenamente por la situación social más próxima de la conversación, y por eso no requieren ningún apoyo referencial. En el habla cotidiana la entonación tiene a menudo una significación totalmente independiente de la composición semántica del discurso. El material entonacional interno acumulado a menudo encuentra un escape en las construcciones lingüísticas absolutamente inadecuadas para la entonación expresada. La entonación, además, no penetra en la significación intelectual, temático-referencial de la secuencia. Expresamos nuestro sentimiento, agregando una entonación gráfica y profunda a alguna palabra casual, que es con frecuencia una interjección o un adverbio favorito o, a veces, una palabra semánticamente plena, que suele utilizar para la solución meramente entonacional de las menudas o, a veces, grandes situaciones y estados de ánimo diarios. Para accionar estas válvulas de escape mediante la entonación se utilizan las expresiones como: “así y así”, “eso mismo”, “por eso”, “vamos”, etcétera. Lo característico consiste en que a menudo estas palabrejas se duplican, es decir, la

96. Remito a Fedor M. Dostoyevski, *Obras completas*, t. III, Aguilar, Madrid, 1949, p. 799. [N. de la T.]

imagen fónica se extiende artificialmente con la finalidad de dar salida a una entonación acumulada. La misma palabra favorita suele repetirse, por supuesto, con una enorme variedad entonacional, de acuerdo con la diversidad de las situaciones y estados de ánimo vitales.

En todos los casos semejantes el tema propio de cada enunciado (porque un tema específico caracteriza también cada uno de los enunciados de los seis artesanos) se realiza plenamente mediante las fuerzas de una entonación expresiva, sin la ayuda de las significaciones de las palabras y de los nexos gramaticales. Una valoración así y la entonación que le corresponde no pueden salvar los límites estrechos de la situación más cercana y de un mundillo social íntimo. La entonación semejante, en efecto, sólo puede verse como un fenómeno colateral y accesorio de las significaciones del lenguaje.

Sin embargo, no todas las valoraciones son así. No importa qué enunciado examinemos, incluso uno de cobertura semántica más amplia, apoyado en un auditorio social más extenso, siempre vamos a encontrar que la valoración tiene en este enunciado una importancia enorme. Es verdad que en estos casos la valoración no se expone adecuadamente mediante la entonación, y sin embargo ésta es la que define la selección y la colocación de todos los elementos significantes principales del enunciado. No se puede construir un enunciado sin valoración cada enunciado es, ante todo, una orientación axiológica. Por eso en una enunciación viva todo elemento no sólo significa sino que también valora. Solamente un elemento abstracto, tomado en el sistema de la lengua y no en la estructura del enunciado, aparece como privado de valoraciones. La orientación hacia un sistema abstracto produjo el hecho de que la mayoría de los lingüistas separan la valoración de la significación, al considerarla como un aspecto accesorio

de la significación, como expresión de la actitud individual del hablante hacia el objeto del enunciado⁹⁷.

Entre los lingüistas rusos, G. Spett habla de la valoración con connotación. Para él existe una brusca separación entre el significado referencial y la connotación valorativa, y los dos se sitúan en las esferas distintas de la realidad. Esta ruptura entre el significado referencial y la valoración es absolutamente inadmisibles y proviene del hecho de subestimar las importantes funciones de la valoración en el lenguaje. El significado referencial se constituye mediante la valoración porque ésta es la que determina el ingreso de un significado referencial dado al horizonte de los hablantes, tanto al del grupo más inmediato como al horizonte social de una clase social. Además, a la valoración le corresponde un papel justamente creativo en los cambios de la significación. El cambio de la significación es, en el fondo, siempre una revaloración: la transferencia de una palabra determinada de un contexto valorativo al otro. La palabra o se eleva a un rango superior, o con frecuencia desciende al inferior. La separación entre el significado de una palabra y su valoración lleva irremediablemente a que el significado, desplazado de su lugar en el proceso vivo de generación social (lugar en que siempre aparece lleno de valoraciones), pasa al nivel ontológico, se convierte en una existencia ideal alejada del proceso de la generación histórica.

Precisamente con el fin de comprender la generación histórica del tema y de los significados que lo realizan, es necesario tomar en cuenta la valoración social. La generación del sentido en el lenguaje siempre está

97. Así es como define la valoración Anton Marty, el que ofrece un análisis fino detallado de las significaciones verbales; cf. A. Marty, *Untersuchungen zur Grunlegung, der allgemeinen Grammatik und Sprachphilosophie*, Halle, 1908.

relacionada con la generación del horizonte valorativo de un grupo social determinado, al tiempo que la generación del horizonte valorativo —en el sentido del conjunto de todo cuanto tiene importancia para el grupo— se define plenamente por la ampliación de las bases económicas. En el terreno de la ampliación de las bases se extiende sustantivamente el horizonte existencial, accesible, comprensible e importante para el hombre. Un ganadero primitivo no está implicado en nada, y casi nada llega a conmoverlo. Un hombre de la época final del capitalismo se interesa por todo, por las tierras más lejanas e incluso por las estrellas más lejanas. Esta extensión del horizonte valorativo se lleva a cabo dialécticamente. Los nuevos aspectos de la existencia, incluidos en el círculo de los intereses de la sociedad, asociados a la palabra y al *pathos* del hombre, ya no dejan de lado los demás elementos existenciales incluidos desde antes, sino que luchan con éstos, los reevalúan, los desplazan de su lugar en la unidad del horizonte valorativo. Esta generación dialéctica se refleja en el proceso generativo de los sentidos del lenguaje. Un sentido nuevo se revela en el viejo y con su ayuda, pero tan sólo para contraponérsele y para reestructurarlo.

De ahí, la incesante lucha de acentos en cada parcela de la existencia. En la composición del sentido no hay nada que estuviera por encima del proceso de la generación, que fuese independiente de la ampliación dialéctica del horizonte social. La sociedad en proceso de generación amplía su percepción de la existencia asimismo en proceso de la generación. En este proceso no existe nada absolutamente estable. Es por eso que el significado —un elemento abstracto, idéntico a sí mismo— se absorbe por el tema, está desgarrado por las vivas contradicciones de éste, para emerger como un significado nuevo, con una estabilidad y autoidentidad igualmente momentáneas.

TERCERA PARTE

HACIA UNA HISTORIA DE LAS FORMAS DE ENUNCIADO EN LAS CONSTRUCCIONES LINGÜÍSTICAS (ENSAYO DE APLICACIÓN DEL MÉTODO SOCIOLOGICO A PROBLEMAS DE SYNTAXIS).

CAPÍTULO I

TEORÍA DEL ENUNCIADO Y PROBLEMAS DE SYNTAXIS

Importancia de los problemas de syntaxis - Categorías sintácticas y enunciado como totalidad - Problema de los párrafos - Problema de las formas de transmisión del discurso ajeno.

Los principios y métodos tradicionales de la lingüística, y sobre todo los que se afianzaron del modo más destacado y consecuente en el terreno del objetivismo abstracto, no pueden proponer un enfoque productivo de los problemas de la syntaxis. Todas las demás categorías principales del pensamiento lingüístico contemporáneo, elaboradas fundamentalmente por la lingüística comparada indoeuropea, son de carácter completamente fonético y morfológico. Basado en la fonética y la morfolología comparada, este pensamiento sólo es capaz de ver todos los fenómenos del lenguaje a través de las lentes de las formas fonéticas y morfológicas. Trata de ver a través de estas lentes también los problemas

de la sintaxis, lo cual lleva a su morfologización⁹⁸. Esta es la razón por la cual la sintaxis resulta muy problemática, como lo reconoce la mayoría de los exponentes de la indoeuropeística.

Esto es muy comprensible si recordamos los modos particulares de percibir una lengua muerta y ajena: percepción que tiene por objetivo principal el desciframiento de esta lengua y su enseñanza a otras personas⁹⁹.

Mientras tanto, para una comprensión correcta del lenguaje y de su generación los problemas de la sintaxis tienen una enorme importancia. Entre todas las formas lingüísticas, las formas sintácticas se aproximan más que otras a las formas concretas de enunciado, a las formas de actuaciones discursivas concretas. Todas las segmentaciones sintácticas del discurso representan una especie de desmembramiento del cuerpo vivo de un enunciado y, por tanto, se sujetan con una mayor dificultad a que se las adscriba al sistema abstracto de la lengua. Las formas sintácticas son más concretas que las morfológicas o fonéticas y se vinculan más estrechamente a las condiciones reales del habla. Por eso en nuestra reflexión sobre los fenómenos vivos del lenguaje las formas sintácticas han de tener prioridad sobre las formas morfo-

98. La tendencia oculta hacia la morfologización de la forma sintáctica tiene como consecuencia el hecho de que en la sintaxis, como en ninguna otra disciplina lingüística, predomine un pensamiento escolástico.

99. A esto hay que agregar, además, los fines específicos de la lingüística comparada: la demostración del parentesco entre las lenguas, el establecimiento de su serie genética y de la protolengua. Tales propósitos favorecen aún más a la primacía de la fonética en el pensamiento lingüístico. El problema de la lingüística comparada, muy importante para la filosofía contemporánea del lenguaje a causa del enorme lugar que estos estudios lingüísticos ocupan en los tiempos modernos quedó, por desgracia, sin examinar en el presente trabajo. Es un problema muy difícil, y su análisis más superficial implicaría una ampliación significativa de este libro.

lógicas y fonéticas. Pero de lo dicho se deduce también que un estudio productivo de las formas sintácticas sólo es posible sobre el terreno de una elaborada teoría del enunciado. Mientras el enunciado en su totalidad siga siendo una terra incógnita para el lingüista, no será posible hablar de una comprensión real y concreta, no escolástica, de la forma sintáctica.

Ya hemos mencionado el hecho de que la lingüística no tiene acceso a la totalidad del enunciado. Se puede decir directamente que el pensamiento lingüístico ha perdido irremediablemente la percepción de la totalidad discursiva. Un lingüista se siente mejor a la mitad de una frase. Cuanto más avanza hacia las regiones de la lengua limítrofes con el discurso, hacia la totalidad de un enunciado, tanto menos segura se vuelve su posición. Pero de lo que carece por completo es de un enfoque de la totalidad; no existe una sola categoría lingüística que sirva para una definición de un todo.

Todas las categorías lingüísticas en cuanto tales sólo son aplicables al territorio interior del enunciado. Así, todas las categorías morfológicas sólo tienen validez en el interior del enunciado y se niegan a servir como la definición del todo. Lo mismo sucede con las categorías sintácticas, tales como, por ejemplo, la categoría de la "oración"; ésta solamente define la oración dentro del enunciado, como su elemento, pero no como totalidad.

Para cerciorarse del carácter fundamentalmente "elemental" de todas las categorías lingüísticas, basta con tomar un enunciado concluido (relativamente concluido, desde luego, puesto que todo enunciado es parte del proceso discursivo) que consista en una sola palabra. Enseguida hemos de percatarnos de que, al pasar esta palabra por el cedazo de todas las categorías lingüísticas, todas ellas sólo son capaces de definirla como un posible elemento de la lengua pero no cubren la totalidad del

enunciado. Justamente aquello que convierte a palabra en un enunciado total permanece fuera de la óptica de todas las categorías y definiciones lingüísticas, sin excepción. Al desarrollar la palabra en cuestión hasta un enunciado acabado, con todos sus miembros (mediante los "sobrentendidos"), obtendremos una oración simple, pero no un enunciado. A pesar de aplicar a esta oración todas las categorías lingüísticas posibles, jamás daremos con aquello que la convierte en un enunciado total. De modo que al permanecer dentro de los límites de las categorías gramaticales existentes en la lingüística actual, jamás podremos aprehender una totalidad discursiva. Las categorías lingüísticas nos arrastran del enunciado con su estructura concreta, al sistema abstracto de la lengua.

Pero no solamente el enunciado, sino todas las partes mínimamente acabadas de un enunciado monológico carecen de definición lingüística. Esto es lo que sucede con los párrafos, que se separan entre sí mediante una sangría. La composición sintáctica de estos párrafos es sumamente heterogénea: pueden incluir desde una sola palabra hasta un gran número de oraciones compuestas. Decir que un párrafo debe incluir una idea acabada equivale a no decir absolutamente nada, puesto que hacen falta definiciones desde el punto de vista de la misma lengua, mientras que el carácter acabado de una idea no viene a ser, de ninguna manera, una definición lingüística. Si, según suponemos, no se puede separar por completo las definiciones lingüísticas de las ideológicas, tampoco es lícito sustituir unas por otras.

Si penetráramos más en la esencia lingüística de los párrafos, advertiríamos que éstos en algunos de sus rasgos sustanciales son análogos a las réplicas de un diálogo. Representan una especie de monólogo debilitado e inserto en el interior de un enunciado monológico. El discurso se desarma en las partes que se señalan por escrito como

párrafos de acuerdo con su orientación hacia el lector, cuyas posibles reacciones se registran. Cuanto más débil resulta esta orientación, tanto más el registro de sus posibles reacciones, tanto más en párrafos aparecerá nuestro discurso. Los tipos de párrafos: pregunta-respuesta (cuando se plantea por el autor junto con su respectiva respuesta), complemento; anticipaciones de ciertas refutaciones posibles; el hallazgo de aparentes contradicciones y sinsentidos en el discurso propio de uno, etcétera¹⁰⁰. Existe un caso muy difundido: el de convertir en el objeto de discusión el discurso propio de uno o su parte (por ejemplo, el párrafo anterior). En tal caso, la atención del hablante se transfiere del tema de su discurso a la forma de éste (reflexión acerca del mismo discurso). Y este cambio en la intencionalidad discursiva se determina por el interés del oyente. Si el discurso pasara por alto la presencia del oyente en forma absoluta (lo cual es, desde luego, imposible), entonces su división orgánica se reduciría al cero. Aquí, por supuesto, nos alejamos de aquellas divisiones especiales determinadas por las tareas y los fines propios de las áreas ideológicas específicas, como son, por ejemplo, las divisiones estróficas del discurso versificado, o las particiones puramente lógicas, que obedecen al tipo presupuestos-conclusiones; tesis-antítesis, etcétera.

Sólo un estudio de las formas de la comunicación discursiva y de las respectivas formas de enunciados enteros pueden echar una luz al sistema de los párrafos y a todos los problemas análogos. Mientras la lingüística

100. Aquí apenas estamos esbozando el problema de los párrafos. Nuestras aseveraciones suenan dogmáticamente, puesto que no demostramos nada, ni confirmamos nada con base en un material correspondiente. Además, estamos simplificando el problema. Por escrito, mediante la sangría (párrafo) se realizan las divisiones más diversas del discurso monologado.

permanece
transmitir
esto en
do,
dego

permanece orientada hacia el enunciado monológico aislado, seguirá careciendo de un enfoque orgánico respecto de todas estas cuestiones. Asimismo, un desarrollo de los problemas más elementales de la sintaxis es posible tan sólo con base en la comunicación discursiva. En esta dirección debe realizarse una revisión detallada de todas las categorías lingüísticas principales. El interés que la sintaxis ha demostrado últimamente por los problemas de la entonación y los intentos correspondientes por renovar las definiciones de las totalidades sintácticas mediante un registro más fino y diferenciado de las entonaciones nos parecen muy poco productivos. Lo pueden ser tan sólo en combinación con una comprensión correcta de los fundamentos de la comunicación discursiva.

Los siguientes capítulos de nuestro trabajo están dedicados a uno de los problemas específicos de la sintaxis. A veces resulta sumamente importante echar una nueva luz a un fenómeno conocido y aparentemente bien estudiado mediante una problematización renovada, vislumbrar sus aspectos nuevos por medio de una serie de preguntas dirigidas intencionalmente. Es sobre todo importante en aquellas áreas en las que la investigación aparece sobrecargada por toda una masa de descripciones y clasificaciones puntillosas y detalladas, pero carentes de toda orientación. Al llevar a cabo una semejante problematización renovada puede suceder que algún fenómeno, que se había manifestado como particular y secundario, tuviese una importancia fundamental para la ciencia. Mediante un oportuno planteamiento del problema es posible descubrir las posibilidades metodológicas ocultas del fenómeno.

En nuestra opinión, el fenómeno del discurso ajeno, es decir, los modelos sintácticos (“estilo directo”, “estilo indirecto”, “estilo indirecto libre”), sus modificaciones

y variantes que encontramos en la lengua para transmitir los enunciados ajenos y para incluirlos precisamente en cuanto enunciados de otros en un contexto monológico coherente, resulta precisamente sumamente productivo y relevante. El interés metodológico excepcional que estos fenómenos representan hasta ahora no ha sido apreciado. Los estudiosos no han logrado descubrir en este problema de la sintaxis, secundario para una mirada superficial, el asunto de importancia fundamental para la lingüística general¹⁰¹. Pero justamente dentro de la orientación sociológica de interés científico por la lengua se pone de manifiesto la importancia metodológica y la representatividad del fenómeno.

El objetivo de nuestro trabajo subsiguiente es el de problematizar el fenómeno de la transmisión del discurso ajeno dentro de una orientación sociológica. Con base en el material de este problema trataremos de trazar las directrices del método sociológico en la lingüística. No pretendemos en absoluto llegar a unas conclusiones importantes y positivas de carácter específicamente histórico: el mismo material que aducimos, suficiente para plantear el problema y mostrar la necesidad de ubicarlo sociológicamente, está muy lejos de ser suficiente para hacer amplias generalizaciones históricas. Estas últimas sólo se presentan en forma preliminar e hipotética.

101. En la sintaxis de Peshkovski, por ejemplo, a este fenómeno apenas se le dedican cuatro páginas. Cf. A. M. Peshkovski, *Russki sintaksis y nauchnom osveschenii (Sintaxis rusa a la luz de la ciencia)*, Moscú, 1902, pp. 465-468 (1928, pp. 552-555).

CAPÍTULO II

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DEL "DISCURSO AJENO"

Definición del "discurso ajeno" - Problema de la recepción activa del discurso del otro en relación con el problema del diálogo - Dinámica de la interrelación del contexto autorial y el discurso ajeno - "Estilo lineal" de la transmisión del discurso ajeno - "Estilo pintoresco" en la transmisión del discurso ajeno.

“Discurso ajeno” es discurso en el discurso enunciado dentro de otro enunciado, pero al mismo tiempo es discurso sobre otro discurso, enunciado acerca de otro enunciado.

Todo aquello de lo que hablamos es apenas el contenido del discurso, el tema de nuestras enunciaciones. Un tema semejante —y tan sólo tema— puede ser, por ejemplo, un asunto como “naturaleza”, “hombre”, “oración subordinada” (uno de los temas de la sintaxis), pero un enunciado ajeno no es solamente el tema del discurso: puede, por así decirlo, formar parte del discurso y de su construcción como un singular elemento estructural. Con esto, el discurso ajeno conserva su autonomía estructural y semántica sin destruir, sin embargo, el tejido del contexto que lo adoptó.

Es más, un enunciado ajeno que siga siendo únicamente el tema del discurso sólo puede ser caracterizado superficialmente. Para apreciar la plenitud de su contenido, es necesario introducirlo en la estructura del discurso. Permaneciendo dentro de los límites de representación temática del discurso ajeno, se pueden contestar las preguntas: “cómo” y “de qué” hablara el

sujeto NN, pero el “qué” dijera sólo puede ser develado mediante la transmisión de sus palabras, aunque sea por medio del estilo indirecto.

Pero, siendo elemento estructural del discurso autorial, del que forma parte por cuenta propia, el enunciado ajeno al mismo tiempo aparece como el tema del discurso autorial, participa de su unidad temática justamente en cuanto enunciado ajeno, mientras que su propio tema autónomo se manifiesta como el tema del tema del discurso del otro.

El “discurso ajeno” se concibe por el hablante como el enunciado del otro sujeto, enunciado autónomo completamente y por principio, estructuralmente acabado y situado fuera del contexto propio. El discurso ajeno, al conservar al mismo tiempo su contenido temático y al menos algunos elementos de su completud lingüística y de su inicial independencia estructural, se transfiere desde aquella existencia autónoma hacia el contexto autorial. El enunciado autorial que admite en su composición otro enunciado, elabora normas sintácticas, estilísticas y composicionales para su asimilación parcial, para que participe de la unidad sintáctica, composicional y estilística del enunciado autorial, conservando a la vez, aunque en forma rudimentaria, la independencia inicial (sintáctica, composicional, estilística) del enunciado ajeno, sin lo cual su plenitud sería inaprehensible.

En las lenguas modernas, algunas modalidades del discurso indirecto y, particularmente, del “discurso cuasidirecto”¹⁰² se caracterizan por la tendencia a transmitir el enunciado ajeno desde la esfera de la estructura discursiva

102. Para no entrar en contradicción con la exégesis que hace el autor de estos fenómenos sintácticos, de aquí en adelante dejo de usar los términos comúnmente adoptados “estilo directo”, “estilo indirecto”, “estilo indirecto libre”, y paso a traducirlos como “discurso directo”, “discurso indirecto”, “discurso cuasidirecto” [N de la T.].

hacia el plano temático o de contenido. Sin embargo, allí tampoco puede llevarse a cabo la disolución del discurso ajeno en el contexto autorial: allí también se conserva, aparte de las indicaciones semánticas, la elasticidad del enunciado ajeno, se deja palpar el cuerpo del discurso ajeno en cuanto totalidad centrada en sí misma.

De esta manera, en las formas de transmisión del discurso ajeno se expresa una actitud activa de un enunciado respecto del otro, y además no se expresa en un plano temático, sino en las estables formas estructurales de la misma lengua.

Se nos presenta el fenómeno de la reacción de una palabra a la otra que, sin embargo, se distingue sustancialmente del diálogo. En el diálogo, las réplicas aparecen gramaticalmente dissociadas y no se incorporan en el contexto unificado. Y es que no están presentes las formas sintácticas que estructuran la unidad del diálogo. Pero si el diálogo se da en un contexto autorial que lo abarca, nos enfrentamos entonces a un caso del discurso directo, esto es, a una de las variedades del fenómeno que estamos estudiando.

El problema del diálogo empieza a atraer cada vez más la atención de los lingüistas y a veces, incluso, se coloca directamente en el centro de los intereses lingüísticos¹⁰³. Es muy comprensible: la unidad real del lenguaje en cuanto discurso (*Sprache als Rede*), según ya sabemos, no es un

103. En ruso, el problema del diálogo desde el punto de vista lingüístico está dedicado tan sólo un trabajo: L. P. Iakubinski, "Sobre el discurso dialogado", en la compilación *Russkaia Rech (Habla Rusa)*, Petrogrado, 1923. Hay unas observaciones interesantes, de índole semilingüística, acerca del diálogo, en el libro de V. Vinogradov, *Poesía de Anna Ajmátova* [en ruso], Leningrado, 1925 (en el capítulo "Las muecas del diálogo"). En alemán, los problemas del diálogo actualmente se están trabajando por la escuela de Vossler. Cf. sobre todo el estudio ya citado "Die uneigentliche direkte Rede", en *Festschrift für Karl Vossler* (1922).

enunciado monológico aislado sino la interacción de al menos dos enunciados, es decir, el diálogo. Pero un estudio productivo del diálogo presupone una investigación más profunda de las formas de transmisión del discurso ajeno, puesto que en ellas se reflejan las tendencias principales y constantes de la percepción activa del discurso ajeno; esta percepción es fundamental también para el diálogo.

En efecto, ¿cómo se percibe el discurso de otra persona? ¿Cómo vive el enunciado ajeno en la concreta conciencia del discurso interno del receptor? ¿En qué forma la conciencia elabora activamente el enunciado ajeno? ¿Cómo se orienta hacia el enunciado ajeno el discurso subsecuente del receptor?

En las formas de transmisión del discurso ajeno, se nos presenta precisamente un documento objetivo de esta percepción. Si sabemos leerlo, este documento no nos habla acerca de los procesos aleatorios e inestables, subjetivamente psicológicos, en el "alma" del receptor, sino sobre las tendencias sociales fijas de la percepción activa del discurso ajeno, tendencias que se sedimentan en las formas de la lengua. El mecanismo de este proceso no se sitúa en el alma individual, sino en la sociedad, que selecciona y gramaticaliza (es decir, integra a la estructura gramatical de una lengua) sólo aquellos aspectos de la percepción activa de un enunciado ajeno que sean socialmente importantes y constantes y que, por consiguiente, estén fundamentados en la propia existencia económica del colectivo hablante.

Por supuesto, hay diferencias sustanciales entre la percepción activa del discurso ajeno y su transmisión en un contexto coherente que no se deben menospreciar. Toda transmisión, sobre todo una transmisión fija, persigue algunos fines específicos: narración, protocolo judicial, polémica científica, etcétera. Luego, la transmisión cuenta con un tercero, esto es, con aquel a quien precisamente

se transmiten las palabras de otra persona. La orientación hacia el tercero es particularmente importante, porque consolida la influencia de las fuerzas sociales organizadas sobre la percepción discursiva. En la comunicación dialógica viva, en el propio momento de la transmisión de las palabras percibidas del interlocutor, las palabras a las que respondemos suelen estar ausentes. En la respuesta solemos repetir las palabras del interlocutor sólo en ocasiones peculiares y excepcionales: para corroborar que nuestra comprensión sea correcta, para tomarle las palabras, etcétera. Todos estos momentos específicos de la transmisión deben tomarse en cuenta. Pero el meollo del asunto no cambia por esto. Las condiciones de la transmisión y sus objetivos sólo facilitan la actualización de las tendencias del discurso interno ya presentes, para orientarlas hacia la percepción activa, y estas tendencias, a su vez, pueden desarrollarse en las formas lingüísticas reservadas para la transmisión del discurso.

Desde luego, estamos lejos de afirmar que las formas sintácticas, por ejemplo, del discurso indirecto o del discurso directo expresen sin mediaciones las tendencias y las formas de la activa percepción axiológica del enunciado ajeno. Por supuesto, nuestra percepción no se manifiesta inmediatamente en las formas del discurso directo o discurso indirecto. Estos no son sino modelos estables de la transmisión. Pero, por una parte, estos modelos y sus modalidades sólo pudieron surgir y cincelarse orientadas hacia las tendencias dominantes de la percepción del discurso ajeno y, por otra, puesto que ya se han formado y existen en la lengua, estos modelos ejercen una influencia reguladora —estimulante o inhibitoria— sobre el desarrollo de las tendencias de la percepción valorativa que se mueven dentro del cauce marcado por las formas señaladas.

La lengua no refleja las oscilaciones subjetivas y psicológicas, sino las interrelaciones sociales estables de los hablantes. En diferentes lenguas, durante épocas distintas, en grupos sociales diversos, en los contextos axiológicos variables predominan una u otra forma, unas u otras modalidades de estas formas. Todo esto indica la debilidad o la fuerza de las tendencias de la orientación social recíproca de los hablantes: las formas mencionadas son justamente los sedimentos estables, seculares de tales tendencias. Si en condiciones determinadas alguna forma resulta desplazada (por ejemplo, algunas modalidades “dogmáticas y racionales” del discurso indirecto en la novela rusa actual), es testimonio de lo difícil que es que se manifiesten, de esta manera reductora o inhibitoria, las tendencias dominantes de la comprensión y evaluación del enunciado ajeno.

Todo lo sustantivo en la percepción del enunciado ajeno, todo lo que puede tener alguna importancia ideológica se expresa en el material del discurso interno. El que percibe el enunciado ajeno no es un ser mudo privado de palabra sino un hombre pleno de discursos internos. Todas sus vivencias —el llamado fondo aperceptivo— se manifiestan en el lenguaje de su discurso interno y sólo en esta medida se relacionan con el discurso externo expreso. La palabra roza la palabra. En el contexto de este discurso interno se lleva precisamente a cabo la percepción del enunciado ajeno, todo lo que puede tener alguna importancia ideológica se expresa en el material del discurso interno. Esta percepción activa dentro de los límites del discurso interno se realiza en dos direcciones: en primer lugar, el enunciado ajeno se enmarca en un contexto existente de comentario (que en parte coincide con aquello que se denomina el fondo aperceptivo de la

palabra), en una situación interna y externa, una expresión visual, etcétera; en segundo lugar, se va preparando la réplica (Gegenrede). Y la preparación de la réplica —la réplica interior y el comentario efectivo¹⁰⁴— desde luego, se funden orgánicamente en la unidad de la percepción activa, se objetivan en el contexto “autorial” que rodea el discurso ajeno. Independientemente de la orientación axiológica del contexto determinado —narración artística, artículo polémico, la defensa de un abogado, etcétera—, podemos distinguir en él claramente dos tendencias: la del comentario manifiesto y la de la réplica, y suele predominar tan sólo una de ellas. Entre el discurso ajeno y el contexto que la transmite prevalecen relaciones dinámicas complejas y tensas. ¡No se puede comprender la forma de transmisión del discurso ajeno sin tenerlas en cuenta!

El error principal de los investigadores anteriores de las formas de transmisión del discurso ajeno consiste en aislarlo por completo del contexto transmisor. De ahí el estatismo, la inmovilidad en la definición de estas formas (es el estatismo que caracteriza toda la sintaxis científica). Mientras tanto, el objeto auténtico de la investigación debe ser precisamente la interrelación dinámica entre estos dos factores: el discurso referido (“ajeno”) y el discurso transmisor (“autorial”). En la vida real estos discursos existen, viven y se generan sólo en medio de esta interrelación, y no aisladamente. El discurso ajeno y el contexto transmisor no son más que los términos de una interrelación dinámica. Esta, a su vez, refleja el dinamismo de la orientación social recíproca de las personas en el proceso de la comunicación ideológico-verbal (dentro de las tendencias firmes y estables de la comunicación, por supuesto).

¿En qué direcciones puede desarrollarse el dinamismo de las relaciones mutuas entre el discurso autorial y el

104. El término se toma prestado de L. P. Iakubinski. Cf. el artículo citado.

ajeno? Hemos observado dos direcciones principales de este dinamismo.

En primer lugar, la tendencia principal de la reacción activa hacia el discurso ajeno puede buscar la preservación de su integridad y autenticidad. La lengua puede tender a crear facetas marcadas y estables para el discurso del otro. En este caso, los modelos y sus modalidades sirven a un aislamiento más marcado y estricto del discurso ajeno, a que se limite la penetración de las entonaciones autoriales, a que se reduzcan o se desarrollen las singularidades lingüísticas individuales.

Esta es la primera orientación. Dentro de sus límites es necesario distinguir rigurosamente el hecho de hasta qué punto es diferenciada, en un grupo lingüístico determinado, la percepción social del discurso ajeno, hasta qué punto se perciben y tienen un peso social expresión, las particularidades estilísticas del discurso, el matiz lexicológico, etcétera. O bien el discurso ajeno se percibe tan sólo como un hecho social íntegro, como una postura semántica indivisible del hablante, es decir, se percibe apenas el qué del discurso y se deja tras el umbral de la percepción su cómo. Este tipo de percepción del discurso ajeno, el tipo temático-semántico y de carácter despersonalizante desde el punto de vista lingüístico, predomina en el francés antiguo y medio (en el último se presenta un considerable desarrollo de modalidades despersonalizantes del discurso indirecto)¹⁰⁵. Encontramos el mismo tipo en los monumentos de la literatura rusa antigua aunque con una ausencia casi total de un modelo de discurso

105. Sobre algunas particularidades, en este sentido, del francés antiguo, *vide infra*. Sobre la transmisión del discurso ajeno en el francés medio, cf. Gertraud Lerch, “Duneigentliche direkte Rede”, en *Festschrift für Karl Vossler* (1922), pp. 112 y ss. Además: Karl Vossler, *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung* (1913).

indirecto. El tipo prevaleciente es el estilo directo despersonalizado (en el sentido lingüístico)¹⁰⁶.

En los límites de la primera dirección es preciso distinguir también el grado de la percepción autoritaria de la palabra, el grado de su seguridad ideológica y de dogmatismo. Cuanto más dogmático un discurso, tanto menos la percepción comprensiva y evaluadora permite que aparezcan matizaciones entre verdad y mentira, entre bien y mal, tanto más se han de despersonalizar las formas de transmisión del discurso ajeno. En medio de una disyuntiva brusca y rígida de todas las valoraciones sociales no hay lugar para una actitud positiva y atenta hacia todos los momentos individualizantes del enunciado ajeno. Esta clase de autoritarismo dogmático caracteriza la literatura en el francés medio y nuestra literatura antigua. El siglo XVII en Francia y el XVIII en Rusia se caracterizan por un racionalismo dogmático que, lo mismo que en otras direcciones, disminuye la individualización discursiva. En los límites del racionalismo dogmático prevalecen las modificaciones temáticas y analíticas del discurso indirecto y las modificaciones retóricas del discurso directo¹⁰⁷. La nitidez y la invulnerabilidad de las fronteras entre el discurso autorial y el ajeno alcanza ahí su límite extremo.

Esta primera dirección en el dinamismo de la orientación mutua entre el discurso autorial y el discurso del otro la queremos denominar, utilizando el término de la historia del arte acuñado por Wölfflin, el estilo lineal (*der lineare Stil*) de la

106. Por ejemplo, en el *Cantar de la campaña del príncipe Igor* no hay ni un solo caso del discurso indirecto, a pesar de la abundancia, en este monumento, del "discurso ajeno". En las crónicas éste aparece muy rara vez. El discurso ajeno se introduce siempre en forma de una masa compacta e impenetrable, muy poco o nada individualizada.

107. En el neoclasicismo ruso casi está ausente el discurso indirecto.

transmisión del discurso ajeno. Su tendencia principal consiste en la creación de los contornos externos nítidos en un discurso ajeno débil en su individuación. Si se logra una homogeneidad estilística plena de todo el contexto (el autor y todos sus personajes hablan un mismo lenguaje), el discurso ajeno alcanza una cerrazón máxima y una elasticidad escultórica desde el punto de vista gramatical y compositivo.

En la segunda dirección del dinamismo de la orientación mutua entre el discurso ajeno y el autorial ponemos de manifiesto procesos de carácter totalmente opuesto. La lengua elabora los modos de una introducción más fina y flexible de la réplica y del comentario autorial en el discurso ajeno. El contexto autorial tiende a desintegrar el carácter compacto y cerrado del discurso ajeno, a borrar sus fronteras. Este estilo de transmisión del discurso ajeno lo podemos denominar pictórico. Su tendencia consiste en desdibujar los nítidos contornos exteriores de la palabra ajena. En este caso el mismo discurso aparece individualizado en una medida mucho mayor; la sensación de los aspectos más diversos del enunciado del otro puede estar finamente diferenciada. Se percibe no sólo su sentido temático, la aserción que contenga, sino también todas las singularidades de su plasmación verbal.

Dentro de esta segunda línea son posibles también varios tipos heterogéneos. El impulso activo hacia la debilitación de las fronteras del enunciado puede provenir del contexto autorial que compenetre el discurso ajeno con sus propias entonaciones, con el humor, la ironía, el amor o el odio, con la fascinación o el desdén. Este tipo es distintivo de la época del Renacimiento (sobre todo en la lengua francesa), para los fines del siglo XVIII y casi para todo el XIX. El dogmatismo autoritario y racional de la palabra en este caso aparece muy debilitado. Predomina

cierto relativismo en las valoraciones sociales, que resulta muy positivo para una percepción de todos los matices lingüísticos individuales del pensamiento, de la convicción, del sentimiento. En este terreno se desarrolla también el colorido del enunciado ajeno, que a veces conduce al debilitamiento del aspecto semántico de la palabra (por ejemplo, en la “escuela natural”, e incluso en el mismo Gogol las palabras de los personajes a veces casi pierden el sentido temático llegando a ser un objeto de color, análogo a la indumentaria, a la apariencia externa, a los objetos del entorno cotidiano, etcétera).

Pero es posible también otro tipo: la dominante discursiva se transfiere al discurso ajeno, el cual se hace más fuerte y más activo que el contexto autorial que lo abarca, e incluso el discurso ajeno hace desvanecer a este último. El contexto autorial pierde una gran parte de la objetividad que le es propia en comparación con el discurso ajeno. Empieza a percibirse y se reconoce en su calidad del igualmente subjetivo “discurso ajeno”. En las obras literarias esto a menudo encuentra su manifestación compositiva en la aparición de un narrador que sustituye al autor en el sentido habitual de la palabra. Su habla es tan individualizada, llena de colorido e ideológicamente falta de autoridad como las palabras de los personajes. La posición del narrador es vacilante, y en la mayoría de los casos él habla en el lenguaje de los personajes que representa. No puede contraponer a las posiciones subjetivas de sus personajes un mundo más objetivo y de una mayor autoridad. Así es la narración en Dostoievski, Andrei Biely, Remizov, Sologub y en los novelistas rusos contemporáneos¹⁰⁸.

108. Sobre el papel del narrador en la epopeya existe una bibliografía bastante extensa. Hasta ahora, la obra principal es la de K. Friedmann, *Die Rolle des Erzählers in der Epik*, 1910. En nuestro país, el interés hacia el narrador fue suscitado por los “formalistas”. El estilo del narrador en Gogol es definido por V. V. Vinogradov como aquel que se mueve “en zigzag entre el autor y los personajes” (cf. su “Gogol y la

Si la avanzada del contexto autorial sobre el discurso ajeno singulariza un idealismo contenido o bien un colectivismo contenido en la percepción del discurso del otro, la desintegración del contexto autorial, en cambio, atestigua un individualismo relativista de la percepción discursiva. A un enunciado subjetivo del otro se le contraponen el comentario y la réplica de un contexto autorial que se concibe a sí mismo como igualmente subjetivo.

Para toda la segunda línea es característico un desarrollo extraordinario de los modelos mixtos de la transmisión del discurso ajeno: del discurso cuasi indirecto y, especialmente, del discurso cuasi directo, el que debilita más que otros las fronteras del enunciado ajeno. Predominan asimismo aquellas modalidades del discurso directo e

escuela natural” (en ruso). Según Vinogradov, el estilo discursivo del narrador de *El doble* se encuentra en una relación análoga con respecto al estilo de Goliadkin (cf. su “Estilo del poema petersburguense *El doble*”, en la compilación *Dostoievski* [en ruso], ed. de Dolinin, I, 1923, pp. 239 y 241; la semejanza entre el lenguaje del narrador y el del personaje fue señalada ya por Berlinski). En su trabajo sobre Dostoievski, B. M. Engelhardt indica muy justamente que en Dostoievski “no se puede encontrar una descripción que podríamos llamar objetiva del mundo exterior... Debido a ello surge aquella multiplicidad de planos en una obra literaria que en los seguidores de Dostoievski lleva a una singular desintegración del ser...”. Esta “desintegración del ser” es observada por B. M. Engelhardt en el *Melki bes* [*Diablo menor*] de Sologub y en el Petersburgo de A. Biely (cf. B. M. Engelhardt, “Novela ideológica de Dostoievski” en la II compilación *Dostoievski* [en ruso], ed. Dolinin, 1925, p. 94). He aquí cómo define Bally el estilo de Zola: “Personne plus que Zola n’a usé et abusé du procede qui consiste à faire passer tous les événements par le cerveau de ses personnages, a ne décrire les paysages que par leur yeux, à n’énoncer des idées personnelles que par leur bouche. Dans ses derniers romans, ce n’est plus une maniere: c’est un tic, c’est une obsession. Dans Rome, pas un coin de la ville éternelle, pas une scène qu’il ne évoie par les yeux de son abbé, pas une idée sur la religion qu’il ne formule par son intermédiaire”, GRM, VI, 417. (Se cita por: E. Lorck, *Die “Erlebte Rede”*, S. 64). Al problema del narrador está dedicado el interesante artículo de Ilya Gruzdev, “Sobre los procedimientos de la narración literaria” [*Zapiski Peredvizhnogo Teatra* [*Apuntes, del Teatro Itinerante*], Petrogrado, 1922, núms. 40, 41, 42). Sin embargo, el problema lingüístico de la transmisión del discurso ajeno no se plantea en ninguno de estos trabajos.

indirecto que pueden ser más flexibles y permeables a las tendencias autoriales (discurso directo difuso, formas analítico-verbales del discurso indirecto, etcétera).

Al seguir todas estas tendencias de una percepción que reacciona activamente al discurso del otro, es preciso tomar permanentemente en cuenta todas las peculiaridades de los fenómenos estudiados. Es sobre todo importante la orientación axiológica del contexto autorial.

En este sentido, el discurso literario transmite con una sensibilidad mucho mayor todos los cambios en la interorientación sociodiscursiva. Un discurso retórico, a diferencia del literario, ya por su misma orientación axiológica no tiene un trato tan libre con la palabra ajena. La retórica requiere una sensación nítida de las fronteras del discurso ajeno. Le es propia una agudización del sentimiento de propiedad sobre la palabra, es escrupulosa en la cuestión de autenticidad. El lenguaje retórico-judicial se caracteriza por una clara sensación de la subjetividad discursiva de las "partes" de un proceso en comparación con la objetividad del juzgado, de la decisión judicial y de todo el comentario investigativo y judicial. El retoricismo político es análogo. Importa determinar el peso específico del discurso retórico judicial y político en la conciencia lingüística de un grupo social de una época dada. Luego, siempre se debe tomar en cuenta la posición jerárquica y social de la palabra ajena representada. Cuanto más fuerte es la sensación de la jerarquía de la palabra ajena, tanto más nítidas son sus facetas, tanto menos accesible es ella a la penetración hacia su interior de las tendencias de comentario y réplica. Así, dentro de los límites del neoclasicismo, en los géneros bajos se presentan considerables desviaciones del estilo dogmático-racional y lineal en la transmisión

del discurso del otro. Es característico el hecho de que el discurso cuasi directo lograra por primera vez un desarrollo considerable justamente en las fábulas y cuentos de La Fontaine.

Resumiendo todo lo que hemos dicho acerca de las posibles tendencias de la interrelación dinámica entre el discurso ajeno y el autorial, podemos señalar las siguientes épocas: el autoritarismo dogmático que se caracteriza por un estilo monumental desindividualizado y lineal en la reproducción del discurso del otro (la Edad Media); el dogmatismo racionalista con su estilo aún más lineal (los siglos XVII y XVIII); el individualismo realista y crítico, con su estilo pictórico y con tendencia a la penetración del comentario y réplica autorial en el discurso ajeno (fines del XVIII y el XIX) y, por último, el individualismo relativista con su desintegración del contexto autorial (en la actualidad).

La lengua no existe por sí misma, sino en combinación con el organismo individual de un enunciado concreto, de una actuación discursiva concreta. Sólo mediante el enunciado la lengua entra en contacto con la comunicación, absorbe sus fuerzas vivas, se vuelve realidad. Las condiciones de la comunicación discursiva, sus formas, los modos de diferenciación se determinan por los presupuestos socioeconómicos de una época. Estas condiciones cambiantes de comunicación sociodiscursiva son las que determinan las transformaciones de las formas de reproducción del enunciado ajeno que hemos analizado. Es más, nos parece que en estas formas la sensibilidad hacia la palabra ajena y hacia la persona hablante que la misma lengua posee, se manifiestan con una nitidez y un relieve peculiares los tipos de la comunicación socioideológica que se van transformando a través de la historia.

CAPÍTULO III

DISCURSO INDIRECTO, DISCURSO DIRECTO Y SUS MODALIDADES

Modelos y modalidades; gramática y estilística - Característica general de la transmisión del discurso ajeno en la lengua rusa - Modelo del discurso indirecto - Modalidad impresionista del discurso indirecto - Modelo del discurso directo - Discurso directo determinado - Discurso directo reificado - Discurso directo anticipado, diseminado y encubierto - Fenómeno de la interferencia discursiva - Preguntas y exclamaciones retóricas - Discurso directo sustituido - Discurso cuasi directo.

Hemos señalado las direcciones principales del dinamismo en que se desarrolla la orientación recíproca entre el discurso autorial y el ajeno. Este dinamismo encuentra su expresión lingüística concreta en los modelos de la reproducción del discurso ajeno y en las modalidades de los modelos, los cuales son precisamente indicadores de la correlación de fuerzas entre el enunciado autorial y el enunciado ajeno, alcanzada en un momento dado de la evolución de la lengua. Caractericemos brevemente estos modelos y sus modalidades más importantes desde el punto de vista de las tendencias evolutivas que hemos señalado.

Ante todo, algunas palabras acerca de la relación entre la modalidad y el modelo. Es análoga a la relación que se establece entre la realidad viva del ritmo y la abstracción del metro. El modelo sólo se realiza en forma de su modalidad determinada. Durante siglos o decenios, en las modalidades se acumulan aquellos cambios, se estabilizan aquellos nuevos hábitos de una orientación

activa con respecto al discurso ajeno, que posteriormente se sedimentan como sólidas formaciones lingüísticas en los modelos sintácticos. En cambio, las modalidades en sí se encuentran en el límite entre la gramática y la estilística. Se dan los casos en que resulta posible la discusión acerca de si una determinada forma de reproducción del discurso ajeno viene a ser modelo o modalidad, si concierne a la gramática o a la estilística. Por ejemplo, una discusión semejante tuvo lugar en torno al discurso cuasi directo en alemán y en francés, entre Bally por un parte y Kalepky y Lorck por otra. Bally se negaba a reconocer en el discurso cuasi directo un modelo sintáctico legítimo y veía en él tan sólo una modalidad estilística. Las mismas razones se podrían alegar acerca del discurso cuasi indirecto en francés. En nuestra opinión, es metodológicamente impropio e incluso imposible trazar una frontera estricta entre la gramática y la estilística, entre el modelo gramatical y su modificación estilística. Esta frontera es inestable en la misma vida de la lengua, en la que unas formas están en el proceso de gramaticalización, mientras otras están desgramaticalizándose, y justamente estas formas ambiguas y fronterizas son las que representan para un lingüista un interés máximo: precisamente allí pueden ser captadas las tendencias evolutivas de una lengua¹⁰⁹.

Vamos a caracterizar los modelos del discurso directo y del indirecto únicamente en la lengua rusa culta. No buscamos, en absoluto, una lista exhaustiva de sus

109. Con frecuencia se acusa a Vossler y a los vosslerianos de preocuparse más por las cuestiones de la estilística que por las de la lingüística propiamente. En efecto, la escuela de Vossler se interesa por las cuestiones limítrofes, habiendo percibido su importancia metodológica y eurística, y en ello vemos las enormes ventajas de esta escuela. Lo malo es que los vosslerianos, según estamos enterados, pongan en el primer plano los factores subjetivos y psicológicos y las tareas individuales y estilísticas. De esta manera la lengua a veces se convierte directamente en el juego del gusto individual.

posibles modalidades. Nos importa tan sólo el aspecto metodológico del problema.

Es sabido que los modelos sintácticos de la transmisión del discurso ajeno en ruso aparecen muy débilmente desarrollados. Aparte del discurso cuasi directo, que carece en ruso de indicadores sintácticos propios (como sucede, por lo demás, también en alemán), existen dos modelos: los estilos directo e indirecto. Pero entre ambos modelos no se presentan las diferencias pronunciadas propias de otras lenguas. Los indicadores del discurso indirecto son débiles y pueden combinarse en la lengua hablada fácilmente con los indicadores del discurso directo¹¹⁰.

La ausencia de la *consecutio temporum* y el carácter pasivo del subjuntivo le resta singularidad a nuestro discurso indirecto y no crea un terreno favorable para que se desarrollen modalidades sustantivas e interesantes para nuestro punto de vista. En general, nos vemos obligados a reconocer una prioridad incondicional del discurso directo en ruso. La historia de nuestra lengua no tuvo un período cartesiano y racionalista, en que un "contexto autorial" seguro, racionalista y objetivo analizara y desmembrara la composición del discurso ajeno, creando modalidades complejas e interesantes para su transmisión indirecta.

Todas estas peculiaridades del ruso crean un ambiente sumamente favorable para un estilo pictórico de transmisión del discurso ajeno, a pesar de que este estilo

110. En muchas otras lenguas el estilo indirecto se distingue sintácticamente con toda claridad del estilo directo (uso especial de los tiempos verbales, de los modos de los nexos y de formas personales), de modo que en ellas, aparece un modelo especial y muy complejo de la transmisión indirecta del discurso... Pero en nuestra lengua incluso aquellos únicos indicios del discurso indirecto que acabamos de mencionar a menudo dejan de sostenerse, y el estilo indirecto se mezcla con el directo. Por ejemplo, Osip dice en *El Inspector*: "El dueño de la posada dijo que no le daré de comer, hasta que pague lo que debe" (Cf. Peshkovski, *Sintaxis rusa*, 3.ª ed., p. 553. La cursiva es del autor).

sea un poco deslavado e impreciso, sin la sensación de las fronteras rebasadas y de las resistencias vencidas, como sucede en otras lenguas. Predomina una extraordinaria facilidad de interacción e interpretación entre el discurso autorial y el ajeno. Esto tiene que ver también con el papel tan poco importante que tuvo en la historia de nuestra lengua culta la retórica, con su nítido y estilo lineal de la reproducción del discurso ajeno, con su entonación, aunque burda, pero definida y directa.

Ante todo, vamos a caracterizar el discurso indirecto como modelo menos elaborado en ruso. Empecemos por una pequeña observación crítica en contra de A. M. Peshkovski. Al señalar que en ruso no existen formas elaboradas del discurso indirecto, Peshkovski hace la siguiente declaración, sumamente extraña:

Para persuadirse de que la transmisión indirecta del discurso no es propia del ruso, sólo hace falta tratar de reproducir un discurso directo más o menos extenso en forma indirecta ("El asno, con la cabeza baja, dice que no está mal, que, sin decir mentiras, se lo puede oír sin aburrirse, pero qué lástima que no conozca al gallo de ellos, que se daría más maña de haber aprendido algo de él")¹¹¹.

Si Peshkovski hubiese realizado el mismo experimento de la traslación inmediata del discurso directo al indirecto en francés, cuidando tan sólo la gramática, habría llegado a las mismas conclusiones. Si, por ejemplo, intentara traducir el discurso directo e incluso el discurso cuasi directo al indirecto en las fábulas de La Fontaine —este último usa

111. Peshkovski, *op.cit.*, p.554. La cursiva es de Peshkovski.

muy extensamente el discurso cuasi directo—, obtendría una construcción igualmente correcta desde el punto de vista gramatical pero estilísticamente tan ilegítima como la de su ejemplo ruso. Y esto a pesar de que en francés el discurso cuasi directo es sumamente próximo al discurso indirecto¹¹² (se usan los mismos tiempos y personas). Toda una serie de palabras, expresiones y giros apropiados en el discurso directo y en el cuasi directo, sonarían sumamente raros si se transfirieran a la estructura del discurso indirecto. Peshkovski comete un error típico para un “gramático”. La traducción directa y puramente gramatical del discurso ajeno de un modelo de transferencia a otro, sin una transformación estilística correspondiente, no es sino el método de ejercicios escolares de gramática, pedagógicamente malo e inaceptable. Tal aplicación de los modelos no tiene nada que ver con su uso lingüístico real. Los modestos expresan la tendencia de una percepción activa del discurso ajeno. A su manera cada modelo reelabora creativamente el enunciado ajeno en un sentido determinado, propio tan sólo de este modelo. Si la lengua en una fase determinada de su desarrollo siente el enunciado ajeno como un todo compacto, no disgregable, invariable e impenetrable, este enunciado no presentará ningún modelo aparte de un discurso directo primitivo e inerte (estilo monumental). En su experimento, Peshkovski se atiene justamente a este punto de vista sobre la invariabilidad del enunciado ajeno, sobre la literalidad absoluta de su representación, pero trata al mismo tiempo de aplicarle el modelo del discurso indirecto. El resultado obtenido está lejos de comprobar la impropiedad de la transmisión indirecta en ruso. Por el contrario, demuestra que a pesar de una elaboración insuficiente del modelo del discurso indirecto,

112. Por eso se lo llama “*style indirecte libre*” (estilo indirecto libre). Pero conviene que mantengamos aquí una terminología uniforme, orientada a la alemana por Volóshinov. [Nota de la T.].

éste en ruso es de todas maneras tan singular que no todo discurso directo se presta a ser transferido a este modelo¹¹³. El peculiar experimento de Peshkovski pone de manifiesto su total y completo menosprecio del sentido lingüístico del discurso indirecto. El sentido mencionado consiste en una transmisión analítica del discurso ajeno. El análisis del enunciado ajeno, simultáneo a la transmisión e inseparable de ella, es el indicio obligatorio de toda modificación del discurso indirecto. Los grados y las orientaciones del análisis pueden variar.

La tendencia analítica del discurso indirecto se pone de relieve ante todo en el hecho de que todos los elementos emocionales y afectivos del discurso, por no expresarse en el contenido sino en las formas del enunciado, no se transfieren en la misma forma al discurso indirecto. Se transfieren de la forma del discurso a su contenido, y sólo en esta forma se introducen en una construcción indirecta, o bien se transmiten inclusive a la oración principal como un comentario desarrollado del verbo introductor del discurso. Por ejemplo, el discurso directo: “¡Qué bien! ¡Esta sí es ejecución!” no puede ser presentado en el discurso indirecto de la manera siguiente:

“Él dijo que qué bien y que ésta sí es una ejecución”, sino más bien como: “Él dijo que esto estaba muy bien, y que ésta era una verdadera ejecución”, o bien como: “Él dijo con admiración que esto estaba bien y que se trataba de una verdadera ejecución”¹¹⁴.

113. El error de Peshkovski que acabamos de analizar atestigua una vez más el hecho de que la ruptura entre la gramática y la estilística resulta ser metodológicamente pernicioso.

114. A pesar de que en ruso, como justamente Volóshinov señala, no existe la concordancia de los tiempos como en español, otros recursos sintácticos permiten lograr el mismo efecto de transformación, lo que se intentó mostrar en la traducción de los ejemplos [N. de la T.].

Todas las reducciones, las elisiones, etcétera, posibles en el discurso directo gracias a la carga emocional y afectiva, no son lícitos en el discurso indirecto gracias a su tendencia analítica, y participan de su estructura sólo en su forma desarrollada y completa. En el ejemplo de Peshkovski, la exclamación del asno: “¡No está mal!”, no puede ser introducida en el discurso indirecto inmediatamente como:

“Dice no está mal...”, sino tan sólo como:

“Dice que no está mal...”, o incluso como:

“Dice que el ruiseñor no canta mal...”

Tampoco puede introducirse sin mediación en el discurso indirecto el “sin decir mentiras”. Asimismo, la expresión del discurso directo: “lástima que no conozcas...”, no puede reproducirse como: “pero que qué lástima que no conozcas...”, etcétera.

Es asimismo evidente que toda expresión de las intenciones del hablante, que sea constructiva y que aparezca constructivamente acentuada, no puede transferirse en la misma forma del discurso directo al indirecto sin mediaciones. Así, las particularidades constructivas acentuales de las oraciones interrogativas, exclamativas e imperativas no se conservan en el discurso indirecto y permanecen solamente e su contenido.

El discurso indirecto “oye” de otra manera el enunciado ajeno, en su transmisión percibe y actualiza otros aspectos y matices en comparación con otros modelos. Es por eso que sea imposible traducir otros modelos de enunciado al modelo indirecto. Esto sólo resulta posible en aquellos casos en que un enunciado directo ya de por sí aparezca construido un poco analíticamente; por supuesto, tan sólo en un grado en que sea posible el análisis en el discurso directo. El análisis es, en cambio, el alma del discurso indirecto.

Al observar más de cerca el “experimento” de Peshkovski, podemos notar que el matiz léxico de las palabras como “no está mal”, “darse la maña”, no armoniza del todo con el alma analítica del discurso indirecto. Estas palabras tienen demasiado colorido; representan las modalidades del lenguaje (individuales o típicas) del personaje asno, y no sólo transmiten el exacto significado temático de su enunciado. Se prestan a ser sustituidas por sus equivalentes semánticos: (“bien”, “perfeccionarse”) o bien, en el caso de que se preserven las “palabritas”¹¹⁵ en una construcción indirecta, a quedar entrecomilladas. Inclusive al leer en voz alta este discurso indirecto pronunciaríamos las palabras mencionadas de una manera algo diferente, como dando a entender que estas expresiones se han tomado sin mediación alguna del discurso de un personaje, y que conservamos nuestra distancia ante ellas.

Pero aquí afrontamos de lleno la necesidad de distinguir dos direcciones que puede tomar la tendencia analítica del discurso indirecto y, respectivamente, sus dos modalidades principales.

En efecto, el análisis de una construcción indirecta puede tomar dos rumbos o, más exactamente, puede referirse a dos objetos esencialmente diferentes. Un enunciado ajeno puede percibirse como una determinada posición plena de sentido del hablante, y en tal caso mediante la construcción indirecta se transmite analíticamente su exacta composición temática (lo que dijo el hablante). Así, en nuestro caso, es posible una transmisión exacta del sentido temático de la evaluación que hace el asno al canto del ruiseñor. Pero asimismo un enunciado ajeno puede ser percibido y analíticamente transmitido en cuanto expresión, que caracteriza no sólo el tema del discurso (o, inclusive,

115. El ejemplo de Peshkovski y todos los comentarios de Volóshinov se refieren a la fábula de I. A. Krylov *El asno y el ruiseñor* [N. de la T].

no tanto el tema del discurso), como al mismo hablante, su manera de hablar individual o típica (o bien las dos a la vez), su estado de ánimo expresado no en el contenido sino en las formas del discurso (por ejemplo: su carácter discontinuo, el orden de las palabras, la entonación expresiva, etcétera), su capacidad o su ineptitud para expresarse adecuadamente.

Estos dos objetos de la transmisión analítica indirecta son profunda y fundamentalmente diferentes. En un caso se desarticula el sentido en sus momentos significativos y temáticos, en el otro, el enunciado mismo en cuanto tal se desintegra en estratos estilísticos y verbales. El límite lógico de la segunda tendencia sería un análisis lingüístico y estilístico. Sin embargo, junto con semejante análisis estilístico, en este tipo de transmisión indirecta se lleva a cabo un análisis temático del discurso ajeno, y como resultado se llega a un desmembramiento del sentido temático y de la capa verbal que lo plasma. A la primera modalidad del modelo del discurso indirecto la llamaremos analítico-temática, y a la segunda, analítico-discursiva. La modalidad analítico-temática percibe el enunciado ajeno en un plano puramente temático, y deja de percibir y de captar todo aquello que no tiene importancia temática alguna. Aquellos aspectos de una construcción verbal formada que sí poseen una importancia temática, es decir, los necesarios para la comprensión de la postura significativa del hablante, son transmitidos por el primer tipo de modalidad también temáticamente (así, en nuestro ejemplo, la construcción exclamativa y la expresión de arrebatado pueden transmitirse mediante la palabra “muy”), o bien se introducen directamente en el contexto autorial, como característica que proviene del autor.

La modalidad analítico-temática abre amplias posibilidades para introducir las tendencias a la réplica y al comentario del discurso autorial, conservando al mismo

tiempo una distancia marcada y clara entre la palabra autorial y la ajena. Gracias a ello, aparece como un magnífico recurso para la transmisión lineal del discurso ajeno. Indiscutiblemente, esta modalidad se caracteriza por la tendencia a tematizar la palabra ajena, preservando en ella no tanto una elasticidad estructural, como la flexibilidad semántica y la autonomía (hemos visto cómo se tematiza en ella la estructura del enunciado ajeno). Éste se alcanza, desde luego, mediante una cierta despersonalización del discurso transmitido.

La modalidad temático-analítica sólo puede tener un desarrollo más o menos extenso y sustantivo en un contexto autorial algo racionalista y dogmático, que implique, en todo caso, un interés por el sentido, gracias a lo cual el autor ocupa mediante sus propias palabras, responsabilizándose directamente de ellas, una determinada posición llena de sentido. Allí donde esto no existe, donde la palabra autorial aparece de por sí llena de colorido y reificada, o donde se introduce de plano un narrador caracterizado verbalmente, esta modalidad sólo puede tener un lugar secundario y muy circunstancial (por ejemplo, en Gogol, en Dostoievski, etcétera).

En ruso esta modalidad en general aparece bastante poco desarrollada. Se la puede encontrar preeminentemente en un contexto cognoscitivo y retórico (científico, filosófico, político), en el cual aparezca la necesidad de exponer las opiniones ajenas acerca de un tema, confrontarlas, deslindar la propia posición de la posición ajena. En el discurso literario es extremadamente rara. Adquiere una determinada importancia únicamente en los autores que no rehusan la orientación semántica y la contundencia de su propio discurso como, por ejemplo, en Turguénev y, sobre todo, en Tolstoi. Pero aquí tampoco encontramos aquella riqueza y variedad de esta clase de modificación que encontramos en francés o en alemán.

Pasamos a analizar la modalidad analítico-discursiva. Ésta permite introducir en la estructura tangencial las palabras y los giros del discurso ajeno que caracterizan la fisonomía-subjetiva y estilística del enunciado del otro en cuanto expresión. Estas palabras y giros se introducen de tal manera que se percibe claramente su especificidad, subjetividad, tipicidad, pero más frecuentemente aún, se los pone entre comillas. He aquí cuatro ejemplos:

1) "Santiguándose, Gregorio se expresó del difunto en el sentido de que el mozo no carecía de talento, pero que era un mentecato y, lo que es peor, estaba aquejado de una enfermedad y, más que eso, un impío, y su impiedad se la habían inculcado Fiódor Pávlovich y su hijo mayor".

2) "Otro tanto sucedió con los polacos, los cuales comparecieron con facha de orgullo e independencia. En voz alta manifestaron que en primer lugar ambos "habían servido a la Corona y que 'pan Mitia' había querido comprar su honor con tres mil rublos, habiéndole visto ellos mucho dinero en las manos"¹¹⁶.

3) "Krasotkin rechazaba con orgullo tal inculpación, haciendo constar que con los muchachos de su edad, es decir, de trece años, habría sido una vergüenza ponerse a jugar 'en nuestro tiempo' a los caballitos; pero que él lo hacía con unos 'pequeñines' porque los quería, y de sus sentimientos nadie habría osado pedirle cuenta"¹¹⁷.

4) "La encontró en un estado parecido a locura completa: gritaba, temblaba, vociferaba que Rogochin estaba escondido

116. F.M. Dostoievski, *Obras completas*, tomo III, Aguilar, Madrid, 1949, p. 530.

117. *Ib.*, p. 415.

en el jardín, allí, en su misma casa; que ella acababa de verlo; que iba a matarla aquella noche, ¡a degollarla!"¹¹⁸ (Dostoievski, *El idiota*. Aquí en la construcción indirecta se conserva la expresividad del enunciado ajeno).

Las palabras y expresiones ajenas (sobre todo las entrecuilladas), incluidas en un discurso indirecto y percibidas en su especificidad se "distancian"¹¹⁹, hablando en el lenguaje de los formalistas, y se distancian justamente en la dirección requerida por el autor; se reifican, su colorido se intensifica, pero al mismo tiempo estas palabras ajenas están marcadas por los tonos de la actitud autorial de ironía, humor, etcétera.

Este tipo de modificación del discurso indirecto debe diferenciarse de una transición inmediata del discurso indirecto al directo, a pesar de que sus funciones sean casi homólogas: cuando el discurso directo continúa el indirecto, su subjetividad discursiva aparece más nítida y orientada según las necesidades del autor. Por ejemplo:

Por más que tratara de ser evasivo, Trifon Borísovich, después de interrogados los campesinos respecto a los cien rublos, acabó por confesar, añadiendo únicamente que al punto había devuelto escrupulosamente todo a Dmitriy Fiódorovich 'por el más estricto sentido del honor', y que 'sólo que, mire usted, el caballero estaba tan borracho, que no puede recordarlo'" (Dostoievski, *Los hermanos*

118. *Ib.*, p. 886.

119. Se refiere a "extrañamiento" o "distanciamiento", término formalista que circula en español en estas dos versiones [N. de la T.].

Karamazov, el subrayado es nuestro)¹²⁰. Con grandísimo respeto para la memoria de su difunto amo, dijo, no obstante, que aquél era injusto con Mitia y ‘no había criado como era debido a sus hijos’. — ‘A éste, de chico, sin mí se lo hubieran comido los piojos’ — dijo, refiriéndose a la niñez de Mitia (ibid., el subrayado es nuestro)¹²¹.

Este caso, en que el discurso directo viene preparado por el indirecto y parece surgir espontáneamente de éste como una imagen — como una imagen plástica, no del todo separada de una piedra sin labrar, en las esculturas de Rodin —, aparece como una de las innumerables modalidades del discurso directo en su tratamiento pictórico.

Tal es la modalidad analítico-discursiva de la construcción indirecta. Es capaz de crear efectos muy inesperados y pintorescos en la transmisión del discurso ajeno. Esta modalidad presupone un alto grado de individuación del enunciado ajeno en la conciencia lingüística, una capacidad de percibir diferenciadamente las envolturas discursivas del enunciado y su significado referencial. Lo cual no es propio de la percepción autoritaria ni racionalista del enunciado ajeno. Como procedimiento estilístico socorrido, en la lengua sólo puede echar raíces en el terreno del individualismo crítico y realista, mientras que la modalidad temático-analítica caracteriza precisamente el individualismo racionalista. En la historia de la lengua literaria rusa este período ha estado casi por completo ausente. Es por eso que hemos

120. Op.cit., t. III, p. 530.

121. Op. cit., t. III, p. 535 (Modifiqué levemente la traducción de Cansinos, para destacar la singularidad del discurso ajeno) [N. de la T.].

observado una predominancia inconmesurable de la modalidad discursivo-analítica sobre la temático-analítica. La ausencia de la concordancia de los tiempos en ruso resulta asimismo sumamente benéfica para el desarrollo de la modalidad analítico-discursiva.

Hemos observado que nuestras dos modalidades, a pesar de ser unidas mediante la común tendencia analítica del modelo, no expresan sino dos concepciones profundamente distintas de la palabra ajena y de la persona hablante. En la primera modalidad, el personaje hablante aparece como portador de una determinada posición de sentido (cognoscitiva, ética, vital, cotidiana), y no existe para el autor fuera de esta posición, reproducida de un modo estrictamente objetual. No hay lugar para que se plasme en una imagen. Dentro de la segunda modalidad, por el contrario, el personaje se construye como una manera subjetiva (individual y típica) de pensar y hablar, manera que implica también una valoración por parte del autor. En este caso, la persona hablante sí se plasma en una imagen.

En la lengua rusa puede señalarse además una tercera modalidad de la construcción indirecta, bastante importante, que se emplea principalmente para reproducir el discurso interno, los pensamientos y las vivencias del personaje. Esta modalidad da un trato muy libre al discurso ajeno, al reducirlo, al apuntar con frecuencia tan sólo sus temas y dominantes, y por lo mismo puede ser llamada impresionista. La entonación autorial fácil y libremente se desborda hacia su estructura difusa. He aquí un ejemplo clásico de esta modalidad impresionista que proviene del *Jinete de Bronce*, de Pushkin:

¿En qué pensaba él? En que era pobre; que se veía en la necesidad de conseguir mediante el trabajo

la independencia y el honor, que Dios hubiese podido concederle un poco más de inteligencia y de dinero. Que existen afortunados ociosos, no demasiado listos, indolentes, para quienes ¡qué fácil es la vida! Que él apenas hace dos años que estaba en el servicio; también pensaba que el tiempo seguía tormentoso, que el río seguía creciendo; que de seguro ya habrían levantado los puentes sobre Neva, y que dos o tres días no podría ver a su Parasha. Así divagaba él... (El subrayado es nuestro)¹²².

En este ejemplo vemos que la modalidad impresionista del discurso indirecta se sitúa como a medio camino entre las modalidades temático-analítica y analítico-discursiva. Con cierta frecuencia aquí se lleva a cabo evidentemente un análisis temático. Algunas palabras y giros se originan claramente en la conciencia del mismo Eugenio (sin embargo, sin subrayar su especificidad). Pero lo que mejor se oye es la ironía del mismo autor, su acentuación, su posición activa en la disposición y reducción del material.

Ahora analicemos el modelo del discurso directo. Éste aparece más bien elaborado en la lengua literaria rusa y dispone de una enorme variedad de modalidades sustantivamente distintas. Entre las voluminosas, inertes e indivisibles moles del discurso directo en los momentos antiguos, y los actuales modos ágiles y a menudo ambíguos de introducirlo en el contexto autorial se extiende un largo e instructivo camino evolutivo. Pero por el momento nos vemos obligados a posponer tanto el análisis de este camino histórico como la

122. No se olvide que este pasaje (como abajo las citas del *Prisionero del Cáucaso* y de *Poltava*) proviene de un poema largo, que Volóshinov transcribe en prosa. [N. de la T].

descripción estática de las modalidades existentes del discurso directo en lenguaje literario. Nos hemos de limitar a aquellas modalidades en las que tiene lugar un mutuo intercambio de entonaciones: una especie de contaminación recíproca entre el contexto autorial y el discurso ajeno. Además, nos interesan no tanto aquellos casos en que el discurso autorial desplaza el enunciado ajeno, empipándolo con sus propias entonaciones, cuanto aquellos en los que, por el contrario, las palabras ajenas se dispersan y se diseminan por todo el contexto autorial, haciéndolo inestable y ambiguo. Por lo demás, entre estos y aquellos casos no siempre es posible trazar una frontera definida: con mucha frecuencia la contaminación suele ser precisamente recíproca.

La modalidad que puede ser denominada discurso directo predeterminado está al servicio de la primera dirección en la dinámica de la interrelación (la avanzada autorial)¹²³.

El caso de la emergencia del discurso directo a partir del indirecto, que ya hemos analizado, pertenece a esta modalidad. La incidencia más interesante y difundida de esta modalidad es el surgimiento de un discurso directo a partir del “discurso cuasi directo”, el que va preparando la percepción del directo, estando a su vez a medio camino entre la narración y el discurso ajeno. Los temas principales de un futuro discurso directo se anticipan por el contexto y se matizan con entonaciones autoriales; de esta manera las fronteras del enunciado ajeno se debilitan extremadamente. Un caso clásico de esta modalidad es la

123. Aquí no abordamos los casos más primitivos de réplica autorial y del comentario del discurso directo: la introducción de una cursiva autorial (es decir, la transferencia del acento); su interrupción con observaciones diversas, con paréntesis y simplemente con signos de exclamación, interrogación, perplejidad (sic!, etcétera.). Para superar el carácter inerte del discurso directo tiene una considerable importancia la inserción, en lugares correspondientes, de un verbo introductorio acompañado de comentarios y réplicas.

descripción del estado del príncipe Myshkin en la víspera de un ataque epiléptico en *El idiota* de Dostoievski, a saber: casi todo el capítulo quinto de la segunda parte (ahí mismo se dan magníficos modelos de discurso cuasi directo). El discurso directo del príncipe Myshkin en este capítulo suena constantemente en su propio mundo, puesto que la narración es conducida por el autor dentro del horizonte de su personaje. Para la palabra ajena ahí se crea un fondo aperceptivo, que puede definirse como semiajeno (del mismo personaje) y semiautorial. Hay que reconocer, sin embargo, que este caso, con toda evidencia, demuestra que este grado de penetración de las entonaciones autoriales en el discurso directo casi siempre se relaciona con un debilitamiento de la objetividad en el mismo contexto autorial.

Otra modalidad al servicio de la misma tendencia puede ser denominada estilo directo reificado. En este caso el contexto autorial se estructura de tal manera que las definiciones objetivamente del personaje (por parte del autor) echan una espesa sombra sobre su propio discurso. Las valoraciones y emociones que saturan la representación objetivadora del héroe se transfieren a sus mismas palabras. El peso semántico de las palabras ajenas disminuye, pero en cambio se refuerza su importancia caracterológica, su colorido o su tipicidad cotidiana. Así, al reconocer en escena a un personaje cómico según su maquillaje, vestuario y su tenue general, ya estamos prestos a reír aun antes de comprender el sentido de sus palabras. Así es en la mayoría de los casos, el discurso directo en Gogol y en los representantes de la llamada “escuela natural”. En su primera obra también Dostoievski trató de insuflar el alma a esta palabra ajena cosificada.

La preparación del discurso ajeno y su anticipación mediante la presentación de su tema, de sus valoraciones y acentos es capaz de subjetivizar y de matizar con los

tonos del personaje el contexto autorial hasta tal grado que éste puede empezar a sonar a “discurso ajeno”, aunque siga incluyendo también entonaciones autoriales. La conducción de un relato exclusivamente dentro del horizonte del mismo héroe —según hemos visto, este reproche fue dirigido ya a Zola por Bally—, y además no sólo dentro de un horizonte espacio-temporal, sino también dentro del axiológico y entonacional, crea para un enunciado ajeno un fondo aperceptivo altamente singular. Lo cual permite hablar de una especial modalidad de un discurso ajeno anticipado y disperso, oculto en el contexto autorial, que parece irrumpir hacia un auténtico enunciado directo del personaje.

Esta modalidad está muy difundida en la prosa actual, sobre todo en Andrei Biely y en los escritores influidos por éste (cf., por ejemplo, Nikolai Kurbov, de Ehrenburg). Pero sus modelos clásicos han de buscarse en el Dostoievski del primero y segundo período (en su última etapa esta modalidad aparece con una frecuencia menor). Nos vamos a detener en su novela corta *Una historia escabrosa*.

Todo el relato puede tomarse como entrecomillado, como relato del “narrador”, aunque éste no aparezca marcado temática ni composicionalmente. Pero también en el interior del relato, casi cada epíteto, definición, valoración pueden también entrecomillarse en cuanto originados en la conciencia de uno u otro personaje. Citaremos un pequeño fragmento del inicio de la obra:

Entonces, en un claro y helado anochecer de invierno, aunque, en realidad, ya cerca de la medianoche, tres varones sumamente respetables se encontraban sentados en una habitación muy confortable e incluso lujosa, en una estupenda casa de dos pisos, en el Margen

Petersburguense [zona de Petersburgo - N. de la T.], y estaban entretenidos por una conversación decente y superlativa de tema sumamente curioso. Los tres varones ya habían alcanzado los grados y títulos máximos. Estaban sentados en torno a una mesita, cada quien en una estupenda y mullida butaca, y al son de la práctica saboreaban lenta y confortablemente la champaña (la cursiva es nuestra)¹²⁴.

Si nos abstraemos del juego de entonaciones tan interesante y complejo, este fragmento lo tendríamos que caracterizar, desde el punto de vista estilístico, como sumamente malo y trivial. En efecto, en pocas líneas impresas de la descripción el epíteto “estupendo” aparece dos veces, “confortable” dos veces, y los demás epítetos son ¡“lujoso”, “decente”, “superlativo”, “sumamente respetable”!

Es inevitable la condena más severa a este estilo si tomamos la descripción como si en serio fuera el autorial (como en Turguénev o en Tolstoi), o incluso la de un narrador, pero de un solo narrador (como en el Ich-Erzählung). Sin embargo, el fragmento no puede interpretarse de este modo. Cada uno de estos pobres, pálidos y vacuos epítetos ¡son arena de un encuentro y lucha de dos entonaciones, dos puntos de vista, dos discursos!

Pero analicemos algunos fragmentos más, que caracterizan al dueño de la casa, consejero privado Nikíforov:

Digamos de pasada dos palabras acerca de él: había iniciado su carrera como empleado modesto y despreocupado, había

124. Para ilustrar mejor las observaciones del autor, ofrezco mi propia traducción [N. de la T.].

desempeñado su empleo tranquilamente por espacio de cuarenta y cinco años... Le desagradaban, sobre todo, el desorden y el entusiasmo, que en su concepto representaba el desorden moral, y en el ocaso de su vida sumiase completamente en cierta comodidad regalona y en una soledad sistemática... Era su aspecto muy decente: todo afeitado, parecía algo más joven de lo que era, se conservaba bien, prometía vivir aún mucho, y siempre, desde los pies a la cabeza, tenía el aire de un verdadero “gentleman”. Trabajar no le era necesario ya; conservaba todavía un cargo, pero sus obligaciones limitábanse a presidir reuniones y echar firmas. En una palabra: todo el mundo lo tenía por un hombre magnífico. Sólo una pasión había tenido ese hombre, o, mejor dicho, un solo deseo vehemente: poseer casa propia y, desde luego, una casa señorial, no un cuartel de pisos para alquilar. Finalmente, había podido satisfacer ese único capricho. (La cursiva es nuestra)¹²⁵.

Ahora resulta claro de dónde vienen los epítetos triviales monótonos, pero tan sostenidos en su trivialidad y aburrimiento, del fragmento anterior. Se originaron en la conciencia del consejero, quien disfruta sus comodidades, su propia casita, su posición, su título; vienen de la conciencia del consejero privado Nikíforov, logró escalar socialmente. Los epítetos podrían entrecomillarse, como el “discurso ajeno” de Nikíforov. Pero no sólo le pertenecen a él. Es el narrador quien conduce el relato, quien parece

125. Op. cit., t.I, p. 1392.

solidarizarse con los “consejeros”, los adula, en todo se atiene a su opinión, habla su lenguaje, pero con todo exagera de una manera provocadora, echando de cabeza todos sus enunciados reales y posibles y exponiéndolos a la ironía y burla autorial. En cada epíteto banal del relato del autor, mediatizado por el narrador, ironiza y se burla de su personaje. Es así como se crea el complejo juego de entonaciones en nuestro fragmento, juego casi irreproducible en la lectura en voz alta.

La narración que sigue, toda está estructurada dentro del horizonte del otro protagonista, Pralínski. Esta narración aparece sembrada de epítetos y valoraciones de este héroe, es decir, de su discurso oculto, y sobre este fondo penetrado de ironía autorial se eleva su verdadero “discurso directo”, interno y externo, y entrecomillado. De este modo, casi cada una de las palabras de este relato desde el punto de vista de su expresión, de su tono emocional, de su posición acentual en la frase simultáneamente forma parte de dos contextos entrecruzados, de dos discursos: el discurso del autor-narrador (irónico y burlón) y el del personaje (cuya situación no le permite ironizar). Esta simultánea pertenencia a dos discursos, de orientación expresiva diferenciada, explica también la singularidad de la construcción de las frases, los “virajes sintácticos” y la peculiaridad del estilo. Éste habría sido distinto de haberse limitado a sólo uno de los discursos señalados, así como la frase aparecería construida en otra forma. Estamos ante un caso clásico de un fenómeno lingüístico casi estudiado: la interferencia discursiva.

El fenómeno de interferencia discursiva en ruso puede en parte tener lugar en la modalidad analítico-discursiva del estilo indirecto, en aquellos casos relativamente raros en que, dentro de los límites de

una reproducción indirecta, se conservan no sólo algunas palabras y expresiones aisladas, sino también la construcción expresiva del enunciado ajeno. Así sucedió en nuestro cuarto ejemplo, en que la construcción exclamativa de un enunciado directo pasó a formar parte de un discurso indirecto. Como resultado se obtuvo una especie de disonancia entre la sosegada entonación narrativo-protocolaria de la transmisión analítica autorial y la excitada e histérica entonación de la semidemente heroína. De ahí, cierta distorsión singular de la fisonomía sintáctica de aquella frase, que sirve a dos amos, siendo partícipe simultánea de dos discursos. Pero sobre el terreno del discurso indirecto el fenómeno de interferencia discursiva no puede adquirir una expresión sintáctica más o menos delineada y estable.

El caso más importante y sintácticamente modelado (al menos en francés) de la fusión interferente de dos discursos entonacionalmente apuntados en sentidos diversos es el discurso cuasi directo. Debido a su importancia excepcional le dedicamos todo el capítulo siguiente. Allí analizamos también la historia del problema en la romano-germanística. La discusión que se había desarrollado en torno al discurso cuasi directo, las opiniones surgidas alrededor de esta cuestión (sobre todo las de la escuela de Vossler) representan un gran interés metodológico y por lo mismo estarán sometidas por nosotros a un examen crítico. Pero aquí, en los límites del presente capítulo, seguiremos analizando algunos otros fenómenos emparentados con el discurso cuasi directo, que por lo visto en ruso sirvieron de suelo fértil para su germinación y formación.

Nos hemos interesado tan sólo en modalidades ambiguas y bifacéticas del discurso directo en su tratamiento pictórico, y a causa de ello no hemos tocado

una de sus modalidades “lineales” más importantes: estilo directo retórico. La importancia sociológica de esta modalidad, “la que pretende convencer”, y la de sus variaciones diversas es muy grande. Pero no podemos detenernos aquí en todas ellas. Sólo lo vamos a hacer ante algunos fenómenos que suelen acompañar a la retórica. Existe un fenómeno común: pregunta retórica y exclamación retórica. Para nuestra óptica son interesantes algunos casos correspondientes según su localización en el contexto. Parecen situarse en la frontera misma entre el discurso autorial y el ajeno (generalmente interno), pero a menudo participan de uno u otro discurso, esto es, pueden ser interpretados como pregunta o exclamación del autor, pero a la vez como pregunta o exclamación del mismo personaje que éste se dirigiera a sí mismo.

He aquí un ejemplo:

Pero ¿quién a la luz de la luna, en medio del profundo silencio, camina pisando con sigilo?
El ruso vuelve en sí. Ante él, con saludo tierno y mudo, está la joven circasiana. Él mira en silencio a la doncella y piensa: éste es un sueño falso, un juego inútil de los cansados sentidos...
(Pushkin, *El prisionero de Cáucaso*).

Las palabras conclusivas (internas) del héroe parecen responder a la pregunta retórica del autor, y ésta puede ser interpretada como una pregunta en el discurso interior del propio personaje.

Un ejemplo de la exclamación:

Todo, todo lo dijo el terrible sonido; la naturaleza frente a él se oscureció. ¡Adiós, libertad sagrada! ¡Él se ha convertido en esclavo! (Ibid.)

En la prosa está muy difundido el caso en que una pregunta del tipo “¿qué había que hacer?” introduce reflexiones del personaje o una narración acerca de sus acciones, y la pregunta viene a ser igualmente la del autor y la del héroe que se encuentra en una situación difícil.

Sin embargo, en éste y en otros casos semejantes de preguntas y exclamaciones, sin duda, el autor es más activo, y es por eso que estas preguntas y exclamaciones jamás se entrecorren. Aquí se pronuncia el propio autor, pero de parte del personaje: parece conducir el discurso por éste.

He aquí un ejemplo interesante:

Apoyados sobre sus lanzas, los cosacos observan la oscura ribera del río, y junto a ellos, negras en el crepúsculo, pasan flotando las armas del malvado... ¡Adiós, libre campamento, y la casa de los padres, y el apacible Don, y la guerra, y las bellas mozas! El enemigo secreto atracó en la orilla, la flecha sale del carcaj —vuela— y cae el cosaco desde el cerro ensangrentado. (Ibid).

Aquí el autor intercede por su héroe, dice por él lo que él mismo hubiese podido o debido decir, lo que es apropiado en la situación determinada. Pushkin se despide de la patria por el cosaco (el cual no lo puede hacer, naturalmente, por sí mismo).

Este hablar por el otro ya se acerca considerablemente al discurso cuasi directo. Llamaremos este caso discurso directo sustituido. Desde luego, esta sustitución presupone una coincidencia de las entonaciones: de la autorial y de la sustituida, la que corresponde al discurso del personaje, y por eso aquí no se presenta interferencia alguna.

Cuando entre el autor y el protagonista, en un

contexto estructurado retóricamente, existe una completa solidaridad en las valoraciones y las entonaciones, entonces el retoricismo del autor y el del personaje a veces empiezan a sobreponerse, las voces se funden, y se forman largos períodos que pertenecen simultáneamente tanto a la narración autorial como al discurso interno (o también al externo) del héroe. Se da un fenómeno que ya casi no se distingue del discurso cuasi directo; sólo falta la interferencia. El discurso cuasi directo del joven Pushkin se había formado —por lo visto, por primera vez— con base en el retoricismo byroniano. En *El prisionero de Cáucaso* el autor es absolutamente solidario con su héroe en sus valoraciones y entonaciones. El relato se construye en los tonos del personaje, pero los discursos de éste se estructuran en los tonos del autor. Ahí es donde encontramos el siguiente ejemplo:

Allí las cumbres de los cerros se extienden en una monótona cadena; entre ellas, el camino solitario se pierde en una taciturna lejanía... Y el pecho del joven prisionero se agitaba con un pensamiento lúgubre... El camino largo conduce a Rusia, al país en que él había iniciado su fogosa juventud con orgullo y despreocupado; en que conoció la primera alegría, en que amó tantas cosas amables, en que abrazó el sufrimiento amenazador, en que, mediante una vida tormentosa, echó a perder la esperanza, la alegría y el deseo... Él conoció a la gente y al mundo, y supo el precio de la vida incierta. En los corazones de los hombres halló traición, en los sueños de amor, un delirio... ¡Libertad! A ti sola te busco aún en el mundo sublunar... Pero ya sucedió... Ya no

tiene nada en el mundo que se le figurara como un objetivo de alguna aspiración. Y ustedes, los últimos sueños, ustedes también lo abandonaron. Él se convirtió en esclavo (ibíd., la cursiva es nuestra).

Aquí, con toda evidencia, se transmite el “lúgubre pensamiento” del propio prisionero. Es su discurso, pero formalmente pronunciado por el autor. Si en todas partes sustituimos el pronombre personal “él” por “yo”, y si cambiamos respectivamente las formas verbales no se producirá ningún sinsentido ni inconsecuencia estilística alguna. Es característico que este discurso incluye los apóstrofes en segunda persona (dirigidos a la libertad y a los sueños), lo cual subraya aún más la identificación del autor con el héroe. Estilística y semánticamente este discurso del héroe no se distingue en nada de su discurso directo retórico, que se pronuncia en la segunda parte del poema:

Olvídame: no merezco tu amor ni tu fascinación... Sin ilusión, sin deseos, estoy marchitándome, víctima de las pasiones... ¡Por qué no apareciste ante mis ojos antes en aquellos días cuando yo creía en la esperanza y en los embriagantes sueños! ¡Pero es tarde ya! Estoy muerto para la felicidad, se alejó volando el fantasma de la esperanza... (Ibid).

Todos los autores que han escrito acerca del discurso cuasi directo, (tal vez, con la única excepción de Bally), habrían reconocido en nuestro ejemplo una muestra irreprochable.

Nosotros, sin embargo, nos inclinamos a considerar este caso como discurso sustituido. Es verdad

que únicamente falta un paso para convertirlo en discurso cuasi directo. Y Pushkin dio este paso al separarse de sus héroes, al oponerles un contexto autorial más objetivo, con sus propias valoraciones y entonaciones. Pero aquí, en el ejemplo aducido, faltan todavía las interferencias entre el discurso autorial y el ajeno y, por consiguiente, faltan indicios gramaticales o estilísticos originados por la palabra ajena, los cuales caracterizan el discurso cuasi directo a diferencia del contexto que lo rodea. En nuestro caso, en cambio, sólo reconocemos el discurso del “prisionero” por los indicios puramente semánticos. No sentimos aquí la fusión de dos discursos orientados diferentemente, no percibimos la resistencia elástica del discurso ajeno detrás de su transmisión autorial.

Para demostrar por fin qué es en realidad el discurso cuasi directo, citaremos un estupendo ejemplo de la *Poltava* de Pushkin. Con este ejemplo concluiremos este capítulo:

Pero [Kochubey] ocultó con persistencia en su corazón un rencor muy emprendedor. Con impotente amargura, dirigió sus pensamientos hacia la muerte. No le desea mal alguno a Mazepa: de todo tiene la culpa su hija. Pero también le perdona a la hija: que dé contestación a Dios, al cubrir de deshonor a la familia, al olvidar los cielos y la ley... Pero mientras tanto, con ojo de águila busca, en su círculo doméstico, unos compañeros valientes, firmes, incorruptos...

CAPÍTULO IV

DISCURSO CUASI DIRECTO EN FRANCÉS, ALEMÁN Y RUSO

Estilo indirecto libre en francés - Concepción de Tobler - Concepción de Th. Kalepky - Concepción de Bally - Crítica del objetivismo abstracto e hipostático de Bally - Bally y los vosslerianos - Discurso cuasi directo en alemán - Concepción de Eugen Lerch - Concepción de Lorck - Doctrina de Lorck sobre el papel de la fantasía en el lenguaje - Concepción de Gertraud Lerch - Discurso ajeno en el francés antiguo - Discurso ajeno en el francés medio y en la época del Renacimiento - Estilo indirecto libre en La Fontaine y La Bruyère - Estilo indirecto libre en Flaubert - Aparición del discurso cuasi directo en el alemán - Crítica de subjetivismo hispostatizante de los vosslerianos - Discurso cuasi directo en ruso - Reproducción de la interferencia discursiva en la lectura en voz alta (problema de la representación) - Lugar de nuestra investigación en el estudio sistemático de las ideologías.

Para el fenómeno del discurso cuasi directo en francés y en alemán, los diferentes autores han propuesto varias terminologías. En realidad, cada uno de los que se habían ocupado de la cuestión propusieron su propio término. Nosotros todo el tiempo estamos utilizando el término de Gertraud Lerch *uneigentlich direkte Rede*, como el más neutral entre todos los propuestos y como uno que implica un mínimo de reflexión teórica. Es un término irreprochable al aplicarlo al ruso o al alemán. Solamente en relación con el francés puede suscitar algunas dudas.

He aquí algunos ejemplos del discurso cuasi directo en francés: